BRUGUERA

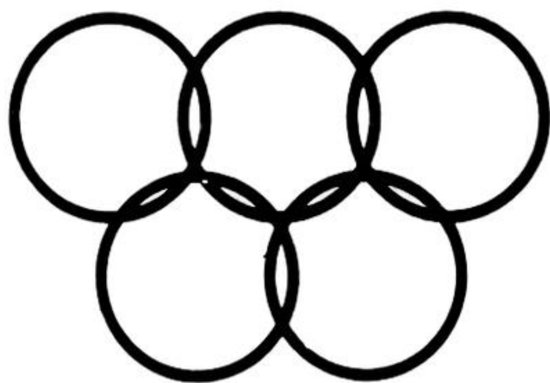
BOLSILIBROS

ACCION

EL TERROR DE LOS ESTADIOS



Joseph Berna



COLECCION DOBLE JUEGO



JOSEPH BERNA

EL TERROR DE LOS ESTADIOS

Colección
DOBLE JUEGO n.º 46
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
CAMPS Y FABRES, 5 - BARCELONA

ISBN 84-02-09277-2
Depósito legal: B. 311-1983

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: febrero, 1983
2ª edición en América: agosto. 1983

Impreso en los talleres gráficos de Editorial Bruguera. S. A.
Paréts del Valles km 31.150 Barcelona - 1983

CAPÍTULO PRIMERO

En el magnífico estadio de «Los Titanes», de San Francisco, uno de los mejores equipos profesionales de rugby de los Estados Unidos, estaba teniendo lugar la presentación de la plantilla que iba a afrontar el próximo campeonato.

Al acto, que había empezado a las diez en punto de la mañana, habían asistido representantes de los distintos medios informativos, deseosos de conocer las novedades que presentaba el equipo de «Los Titanes» de cara a la próxima temporada, que se intuía aún más reñida y emocionante que la anterior.

Los equipos más potentes, como «Los Búfalos», de Nueva York, «Los Tigres», de Chicago, y «Los Rinocerontes», de Miami, se habían reforzado, disputándose los fichajes de los jugadores que más habían destacado en el último campeonato.

Alfred Fossey, presidente de «Los Titanes», no había querido ser menos, logrando hacerse con los servicios de dos grandes jugadores, dos ases del rugby, dos auténticas estrellas del balón ovalado.

Se trataba de Rock Mannion y Jerry Holmes.

Eran las dos grandes novedades del equipo de «Los Titanes» y ellos, lógicamente, eran el blanco de los periodistas deportivos, de los reporteros gráficos, y de las cámaras de televisión, así como de los varios miles de aficionados que habían acudido al estadio, ansiosos ya de que comenzase la nueva temporada, para ver si su equipo favorito era capaz de ganar el campeonato.

El último lo perdió por muy poco, llenando de desilusión y desencanto a sus seguidores, que vieron cómo «Los Búfalos» de Nueva York se adjudicaban el triunfo final, al derrotar precisamente a «Los Titanes», en un partido lleno de incidentes desagradables, casi todos ellos provocados por Chuck Amstrong, el defensa del equipo neoyorquino, un verdadero energúmeno, que lesionó a la mitad de los jugadores del equipo de San Francisco.

Chuck Amstrong era un jugador duro, sucio, malintencionado, que recurría a todo con tal de frenar a los delanteros contrarios. Y si además de frenarlos, los obligaba a retirarse en camilla, aún se ponía más contento.

Era una mala bestia.

Peor que un gorila.

Y hasta tenía cara de eso, porque le crecía pelo hasta en las orejas.

Su aspecto era realmente impresionante.

Los delanteros contrarios le tenían pánico y procuraban evitarle, porque una entrada de Chuck Amstrong equivalía a la embestida de un toro de lidia.

El gigantesco defensa de «Los Búfalos» sembraba el terror en los estadios. Y precisamente le habían bautizado así: «El Terror de los Estadios».

Amstrong lo sabía, pero no le importaba.

En realidad, se sentía orgulloso de que le llamasen así y procuraba hacer honor al nombrecito, fracturando piernas, brazos, clavículas, costillas, y todo lo que podía.

Desde luego, nadie daba tanto trabajo a los médicos como él.

Ni a los masajistas.

Y Luke Porter, el presidente de «Los Búfalos», encantado, porque lo que él quería era que su equipo ganase campeonatos. Por eso fichó a Chuck Amstrong la temporada, anterior, cuando ya éste destacaba en un equipo de segunda fila, triturando a los delanteros contrarios.

El fichaje dio resultado, porque «Los Búfalos» habían sido campeones, aunque lograran el título en el último partido, venciendo a «Los Titanes» de San Francisco en Nueva York, apoyados por su público, que también toleraba las bestialidades de Chuck Amstrong.

Los aficionados neoyorquinos, al igual que Luke Porter, querían ver ganar a su equipo, fuera como fuese y cayera quien cayese con uno o varios huesos rotos.

Rock Mannion no pensaba igual.

A él le gustaba ganar, naturalmente, pero con deportividad, demostrando sobre la cancha ser mejores que el equipo rival, no más bestias y más salvajes.

Por eso había abandonado «Los Búfalos» y fichado por «Los Titanes», enfureciendo a Luke Porter, quien trató de retenerle a toda costa, porque lo consideraba un jugador fundamental para su equipo.

Y realmente lo era, porque se trataba de un delantero rápido, incisivo, valiente, con una gran visión del juego, muy difícil de frenar, porque era capaz de desbordar a cualquiera por piernas y realizando unas fintas increíbles.

Rock Mannion contribuyó tanto o más que Chuck Amstrong en la conquista del último campeonato por parte de «Los Búfalos», pero de una manera muy distinta, ya que él no tenía necesidad de recurrir al juego sucio para lograr sus objetivos.

Su marcha la iba a notar mucho el equipo neoyorquino, ya que no era fácil suplir a un jugador de la categoría de Rock Mannion. De ahí que Luke Porter insistiera tanto para que continuara en «Los Búfalos», pero la respuesta del jugador fue tan clara como tajante:

—Me gusta ser campeón, pero no de esta forma.

Fueron las últimas palabras de Rock Mannion, antes de abandonar el equipo de «Los Búfalos» y fichar por «Los Titanes» de San Francisco, equipo por el que sentía una gran simpatía desde el partido final del último campeonato.

En su opinión, «Los Titanes» hicieron mejor temporada y merecieron ser campeones. Y lo hubieran sido, de no haberse comportado Chuck Amstrong de una manera tan indigna y censurable en su confrontación con el equipo de San Francisco.

El defensa no jugó al rugby, fue a la caza descarada del contrario desde que se inició el partido, arrollando a todo aquel que se le ponía por delante.

Por eso «Los Búfalos» ganaron ese partido y el campeonato, quedando «Los Titanes» en el segundo lugar de la clasificación, «Los Tigres» de Chicago en el tercero, y «Los Rinocerontes» de Miami en el cuarto lugar.

De «Los Tigres», de Chicago, precisamente, procedía Jerry Holmes, el otro gran fichaje realizado por «Los Titanes» con vistas a la nueva temporada.

Jerry Holmes era un jugador de color, delantero también, como Rock Mannion.

Había realizado una magnífica temporada en «Los Tigres», siendo el máximo anotador del equipo, por lo que no le fue nada fácil a Alfred Fossey conseguir su fichaje.

Si al fin lo logró, fue porque le dijo a Jerry Holmes que ya había fichado para su equipo a Rock Mannion, el mejor delantero de «Los Búfalos», y que juntos podrían hacer verdaderas maravillas con el balón ovalado, deleitando a los aficionados y consiguiendo el campeonato para «Los Titanes».

El negro, que admiraba a Rock Mannion más que a ningún otro jugador, no quiso desaprovechar la oportunidad de formar en el mismo equipo que Mannion y aceptó la proposición de Alfred Fossey, fichando por «Los Titanes» de San Francisco.

Pocos días antes, Jerry Holmes había recibido una muy tentadora oferta de Luke Porter, el presidente de «Los Búfalos», quien habían pensado en él para ocupar el puesto de Rock Mannion pero el delantero de color la rechazó sin dudar, porque no quería jugar en el equipo neoyorquino.

Lo que no quería, en realidad, era tener por compañero al animal de Chuck Amstrong. Para muchos jugadores, sería mejor tener al bruto defensa a su lado que frente a ellos, por razones obvias, pero Holmes no pensaba así.

El negro pensaba como Rock Mannion.

Quería ganar los partidos, pero por méritos del equipo propio, no lesionando a varios jugadores del equipo rival, porque eso no era deporte ni

era nada.

Y así de claro se lo dijo a Luke Porter, obligándolo a marcharse con el rabo entre las piernas, porque el presidente de «Los Búfalos» no esperaba que Jerry Holmes rechazara un contrato tan tentador.

Rock Mannion y Jerry Holmes apenas habían hablado unas palabras en el vestuario, mientras se equipaban para realizar el primer entrenamiento de la temporada, que tendría lugar en cuanto terminase la presentación de los jugadores a los medios informativos y al público que había asistido al acto.

En aquellos momentos, con los jugadores alineados en el terreno de juego, el presidente de «Los Titanes» se estaba dirigiendo a todos a través del micrófono que le habían puesto delante.

—Hemos hecho un gran esfuerzo por conseguir los servicios de dos jugadores de la talla de Rock Mannion y Jerry Holmes, pero lo hemos logrado. Con ellos, estoy seguro de que ganaremos el campeonato, porque los mejores delanteros del país los tenemos nosotros. Y los mejores defensas también. ¡Los mejores, no los más bestias!

Hubo risas y aplausos por parte de los informadores, de los aficionados, y hasta de los propios jugadores, pues todo el mundo adivinó que Alfred Fossey se refería a Chuck Amstrong, el defensa de «Los Búfalos» de Nueva York.

Por si quedaba alguna duda, el presidente de «Los Titanes» añadió:

—El último campeonato lo perdimos porque ese orangután de Amstrong salió al campo con un hacha camuflada y la emprendió a hachazos con nuestros delanteros, dejándoles cojos a casi todos. Por eso nos ganaron «Los Búfalos». Pero en este campeonato no podrán con nosotros, porque Mannion y Holmes son rápidos como flechas y sabrán desbordar al mastodonte de Amstrong. ¡No se dejarán cazar por él y colocarán una y otra vez el balón detrás de la línea de gol!

Los aficionados ovacionaron al presidente de «Los Titanes» contagiados de su entusiasmo, y luego repitieron a coro los nombres de Holmes y Mannion.

Estos saludaron al público levantando los brazos.

A continuación, fue Nat Kirby, entrenador de «Los Titanes», quien se dirigió a los jugadores y los aficionados, manifestando que se sentía muy satisfecho de los fichajes de Rock Mannion y Jerry Holmes, porque eran los refuerzos que necesitaba el equipo para afrontar el nuevo campeonato con garantías de éxito.

Tras las palabras del técnico, los representantes de los medios informativos se retiraron del terreno de juego y dio comienzo el primer entrenamiento de la temporada.

CAPÍTULO II

Para empezar, Nat Kirby sometió a sus jugadores a una serie de duros ejercicios físicos, haciéndolos sudar a todos. Después, se pasó al ensayo de jugadas, «melées», carreras, lanzamientos, placajes, y demás lances propios de un partido de rugby.

Rock Mannion y Jerry Holmes, pese a no haber jugado juntos jamás, se entendieron perfectamente y realizaron una serie de combinaciones que entusiasmaron a los espectadores.

El negro tenía una cintura asombrosa y era capaz de quebrar en su carrera hasta a su propia sombra. También los quiebros de Mannion eran una maravilla, y como los dos eran veloces como cohetes, los jugadores que les sallan al paso se veían irremisiblemente desbordados.

Era todo un espectáculo verlos jugar juntos.

Y eso que no se trataba más que de un simple entrenamiento.

En los partidos, con el estadio abarrotado de público y la emoción propia de los encuentros de competición oficial, el espectáculo aún seria mayor.

Mannion y Holmes eran, además, unos extraordinarios lanzadores.

Desde cualquier distancia, hacían pasar el balón por entre los palos de la portería con una potencia y precisión realmente envidiables.

Con ellos, transformar los ensayos en goles seria cosa de niños.

Alrededor de las doce y media, Nat Kirby dio por concluido el entrenamiento y mandó a los jugadores a los vestuarios, que se retiraron entre los aplausos de los aficionados, especialmente dedicados a Rock Mannion y Jerry Holmes, los dos grandes refuerzos del equipo, las nuevas estrellas de «Los Titanes».

Ya en el vestuario, los componentes de la plantilla se despojaron de sus respectivos equipos y se colocaron bajo las duchas, para eliminar el sudor de sus musculosos cuerpos.

Minutos después, y mientras se vestían, Jerry Holmes preguntó:

—¿Qué te ha parecido el entrenamiento, Rock?

—Me ha gustado. ¿Y a ti...?

—También.

—Es agradable entrenar con «Los Titanes». Mucho más que con «Los Búfalos» —aseguró Mannion.

—No te sentías a gusto con ellos, ¿verdad?

—Así es.

—¿Por culpa de Amstrong?

—Sí.

—A mí también me cae mal ese elefante.

—Le cae bien a muy poca gente, Jerry.

—Este año lo tendrás frente a ti. Rock.

—También tú.

—Bueno, yo ya lo he tenido enfrente otros años.

Tú en cambio, será la primera vez que juegues contra él.

—No me preocupa, te lo aseguro.

—¿No temes que quiera vengarse, por haber dejado tú el equipo de «Los Búfalos»...?

—Es posible que lo intente, pero te repito que no me preocupa.

—A Luke Porter le sentó muy mal que abandonaras «Los Búfalos», ¿sabes?

—Ya le expuse mis razones en su día. Pero, ¿cómo sabes tú que le sentó tan mal a Porter...?

—Vino a verme a Chicago.

—Quería ficharte, ¿eh?

—Sí, para sustituirte.

—¿Y qué le dijiste...?

—Que no quería dejar a «Los Tigres».

—Sin embargo, has fichado por «Los Titanes».

—¿Quieres saber por qué lo hice?

—Sí.

—Porque Alfred Fossey me dijo que tú ya habías fichado por «Los Titanes».

Rock Mannion sonrió.

—Tus palabras me halagan, Jerry.

—Me agradó la idea de jugar contigo. Rock.

—Yo también me alegré cuando supe que habías fichado por «Los Titanes». Te he admirado siempre, Jerry.

—Lo mismo digo, Rock.

—Vamos a hacer una gran campaña, ya verás.

—Estoy seguro.

—¿Cuántos años tienes, Jerry?

—Veintisiete.

—Yo tengo uno menos.

—Eres más joven que yo, pero soy más moreno —bromeó Holmes.

—¡Cierto! —exclamó Mannion, riendo.

El negro rio también, así como los compañeros más próximos a ellos.

Antes de que abandonaran el vestuario, Nat Kirby los citó a todos a las diez de la mañana, advirtiendo que impondría una multa a los que llegasen tarde.

Los jugadores se despidieron de su entrenador y abandonaron el estadio.

* * *

Rock Mannion y Jerry Holmes habían salido juntos del estadio.

—Te invito a almorzar, Jerry.

—Ya me invitarás otro día, Rock. Hoy quiero invitarte yo a ti.

—Pero...

—No discutas, Rock. Soy mayor que tú.

—¡Sólo un año!

—Suficiente. Anda, vamos.

—Mi coche es ése —dijo Mannion, señalando un *Ford-Capri* azul.

—El mío está allí —indicó Holmes, apuntando un *Opel* marrón.

—¿Cuál cogemos, Jerry?

—Será mejor que los cojamos los dos, Rock, porque no vamos a ir a un restaurante, sino a mí casa.

—¿A tu casa...?

—Sí.

—¿Eres buen cocinero, Jerry?

—Fatal.

—¿Qué vamos a comer, entonces...?

—Lo que haya preparado mi mujer.

Mannion respingó ligeramente.

—¿Estás casado, Jerry...?

—Sí, desde hace dos años.

—No lo sabía.

—Mi mujer se llama Coretta. Y tenemos una niña de catorce meses.

—Enhorabuena.

—La pequeña se llama Sarah. Quiero que las conozcas a las dos. Rock.

—Encantado. Jerry.

—Coretta es una magnífica cocinera, así que no te arrepentirás.

—Seguro que no.

—Vamos. Rock. Sube en tu *Ford* y sígueme.

—De acuerdo.

Mannion entró en su coche y puso el motor en marcha.

Cuando Holmes arrancó con su *Opel.* Rock lo siguió con su *Ford-Capri,* alejándose ambos coches del flamante estadio de «Los Titanes» de San Francisco.

Otro coche se puso en movimiento.

Se trataba de un *Maserati* rojo.

Y lo conducía una mujer.

Rock Mannion, pendiente del *Opel* de Jerry Holmes, para no perderlo

de vista, no se dio cuenta de que el *Maserati* rojo seguía al *Ford-Capri.*

Y lo hacía a prudente distancia, para no llamar la atención del ex delantero de «Los Búfalos» de Nueva York, ahora enrolado en el equipo de «Los Titanes».

CAPÍTULO III

Jerry Holmes había alquilado una bonita casa de dos plantas, con jardín, protegido por una valla pulcramente pintada de blanco. La casa disponía de garaje, pero el ex delantero de «Los Tigres» no metió su flamante *Opel* en él, sino que lo estacionó frente a la casa.

Rock Mannion detuvo su *Ford-Capri* detrás del coche del jugador de color, paró el motor, y salió del vehículo. En todo el trayecto no se había percatado de que su coche era seguido por un *Maserati* rojo, conducido por una mujer.

El *Maserati* se detuvo también, a una cierta distancia de la casa de Jerry Holmes, quien ya se estaba acercando a Rock Mannion.

—Aquí vivimos, Rock.

—Es una casa preciosa, Jerry.

—Me alegro de que te guste.

—Yo me he instalado en un apartamento.

—Porque sigues soltero.

—Y sin compromiso.

—No será por mucho tiempo.

—¿Qué quieres decir, que me va a pescar una chica de San Francisco...?

—¡Seguro!

—Te apuesto lo que quieras a que no.

—Un tipo difícil de conquistar, ¿eh?

—Así es.

—Un bribón, eso es lo que tú eres.

—¡No seré yo quien lo niegue! —rio Mannion.

Holmes rio también y lo cogió del brazo.

—Anda, vamos.

Entraron en la casa.

Coretta, la mujer de Jerry, era también de raza negra.

Pero era una negra muy hermosa, con un cuerpo esbelto y atractivo, realmente tentador. Tenía veinticuatro años.

—Mira a quién te traigo, Coretta —dijo Holmes, sonriente.

—¡Rock Mannion! —exclamó ella, gratamente sorprendida.

—Lo he invitado a comer.

—¡Estupendo!

Mannion le tendió la mano.

—Me alegro de conocerte, Coretta.

—Yo también, Rock —respondió ella, estrechándole la diestra.
—Jerry me ha dicho que tenéis una niña.
—Así es.
—¿Dónde está? Quiero ver si es tan guapa como la madre.
—¡Qué galante! —rio Coretta.
—Ten cuidado con él —advirtió Jerry.
—¿Por qué?
—Es un Don Juan.
—¡Jerry! —exclamó Mannion, soltándole un codazo a Holmes.
Rieron los tres alegremente.
Después, Coretta llevó a Rock a presencia de la pequeña Sarah, que estaba jugando sentada en el suelo.
Era una negrita preciosa.
Rock la tomó en brazos y le hizo algunas carantoñas, logrando que la pequeña dejara oír su risa.
—Tenéis una hija encantadora, Jerry. Os felicito a los dos.
—Tú le has caído muy bien, Rock —dijo Coretta.
—Como a todas las mujeres —habló Holmes.
—¡No empieces otra vez, Jerry! —exclamó Mannion.
Volvieron a reír los tres.
Los cuatro, mejor dicho, porque la pequeña Sarah rio también, mientras palmeaba con sus manitas las mejillas de Rock.

* * *

Habían terminado ya de comer.
Incluso habían tomado café.
Rock Mannion había elogiado varias veces las habilidades culinarias de la mujer de Jerry Holmes, y no sólo por quedar bien, sino porque Coretta era realmente una magnífica cocinera.
Durante la comida, naturalmente, habían hablado de rugby.
De «Los Titanes».
Y de «Los Búfalos».
Y claro, hablar de «Los Búfalos» de Nueva York, era hablar de Chuck Amstrong, «El Terror de los Estadios»
Coretta hablaba del zaguero del equipo neoyorquino! con evidente temor, porque pensaba que podía lesionar de consideración a Jerry y a Rock, pero éstos la tranquilizaron, asegurándole que ellos dos no se dejarían cazar por el dinosaurio de Amstrong.
Jerry Afirmaba que «Los Titanes» ganarían el campeonato.
Y Rock, como es lógico, estaba de acuerdo.
Coretta, contagiada de la fe y el entusiasmo con que su marido y Rock Mannion iban a afrontar la nueva temporada, decidió olvidarse por

completo del bestia de Amstrong y pensar solamente en el triunfo final de «Los Titanes» de San Francisco.

Cuando se despidió de los Holmes, agradeciéndoles su invitación, Rock tuvo que prometerle a Coretta que volvería por allí muy pronto, ya que la esposa de Jerry insistió mucho en ello.

—Nos veremos mañana en el entrenamiento. Rock —dijo el jugador de color.

—Sí —respondió Mannion, y fue hacia su coche, después de levantar la mano a modo de despedida.

Jerry y Coretta esperaron a que Rock entrar en su *Ford-Capri*, pusiera el motor en marcha, y se alejara. Entonces, se metieron en la casa y cerraron la puerta, sin reparar en el hecho de que un *Maserati* rojo se había puesto también en movimiento, segundos después de que lo hiciera el coche de Mannion.

* * *

Esta vez, Rock Mannion si descubrió que un *Maserati* le venía siguiendo. Reparó en ello a los pocos minutos de haberse alejado de la casa de los Holmes, y desde entonces no le había quitado ojo al coche que le seguía.

Estuvo tentado de acelerar bruscamente, con el fin de perder de vista al *Maserati,* pero no lo hizo, porque así se quedada con las ganas de saber quién y por qué le seguía.

Por eso, en vez de pisar el acelerador a fondo, hundió el pie en el pedal del freno y detuvo su coche con brusquedad, saliendo inmediatamente de él.

El *Maserati* se detuvo también, a menos distancia de la que había venido guardando desde que empezara a seguir al *Ford-Capri,* porque la chica que lo conducía no esperaba que el coche del jugador de rugby se detuviera de una forma tan repentina.

Rock ya avanzaba resueltamente hacia el *Maserati,* alcanzándolo en pocos segundos. Se agachó y observó a la mujer que iba sentada al volante.

Era rubia, atractiva.

—¿A qué jugamos, preciosa? —preguntó Rock.

—¿Cómo dice?

—No te hagas la sueca, que se nota que eres norteamericana.

—¿En qué?

—En todo, guapa.

—No estoy segura de que eso sea un piropo —sonrió atrevidamente la joven—. ¿Lo es...?

—No.

—Ya decía yo.

—¿Por qué me sigues, encanto?

—¿Quién le sigue?

—¿Otra vez quieres hacerte la sueca?

—Como soy rubia...

—Menos guasa, nena.

—Perdón.

—¿Quién eres?

—Me llamo Gladys.

—¿Gladys qué?

—¡Huy!, me interroga como si fuera un policía. Hasta pone cara de eso.

—A lo mejor lo soy.

—¿Policía...?

—Sí.

La muchacha se echó a reír.

—No quiera tomarme el pelo, Rock.

—Sabes mi nombre, ¿eh?

—Naturalmente.

—Te has delatado, hermosa.

—¿Delatarme?

—Sabes quién soy, así que no puedes negar que me venias siguiendo.

—Si todos los que saben quién es usted tuvieran que seguirle, no se podría circular por las calles de San Francisco. Es uno de los jugadores de rugby más famosos, Rock.

—Tú me seguías, primor. Confiésalo de una vez.

—Está bien, lo confieso.

—¿Por qué?

—Quería saber dónde vive.

—¿Para qué?

—Para hacerle una visita, un día de éstos.

—Conque una visita, ¿eh?

—Sí.

—Eres más embustera que «Pinocho», el del cuento, y te crecerá la nariz, como a él.

La muchacha volvió a reír.

—Le estoy diciendo la verdad, Rock.

—Creo que voy a denunciarte a la policía, ¿sabes?

—A mi tío no le gustaría.

—¿Quién es tu tío?

—Alfred Fossey, el presidente de «Los Titanes», tu nuevo equipo —reveló la joven, tuteando ya al jugador de rugby.

CAPÍTULO IV

La sorpresa dejó sin habla a Rock Mannion.

Gladys Durbin sonrió graciosamente y sugirió:

—¿Por qué no entras en el coche, Rock? Eres muy alto y va a salirte joroba si continúas hablando conmigo a través de la ventanilla.

El jugador se irguió, rodeó el *Maserati,* y se introdujo en él por el otro lado, sentándose al lado de la muchacha, a la que miró fijamente.

—¿De verdad eres sobrina de Alfred Fossey...?

—Sí, desde hace veintidós años.

—¿No será otra de tus mentiras?

La joven levantó su mano derecha.

—Te juro que Alfred Fossey es mi tío.

—Está bien, voy a creerte.

—Menos mal.

—Dijiste que te llamas Gladys, ¿no?

—Sí, ése es mi nombre.

—¿Por qué me seguías, Gladys?

—Ya te lo expliqué, ¿no?

—Querías saber dónde vivía para hacerme una visita un día de éstos.

—Exacto.

—Ni me lo tragué entonces, ni me lo trago ahora.

—¿Tan raro te parece que una chica desee visitar a un jugador tan famoso como tú...?

—Tratándose de la sobrina del presidente de mí equipo, sí.

—¿Qué tiene eso que ver?

—Si deseabas entablar amistad conmigo, lo normal hubiera sido que le pidieras a tu tío que nos presentara.

—Se hubiera negado.

—¿Por qué?

—No quiere que me acerque a ninguno de los jugadores del equipo. Ni siquiera me permite asistir a los entrenamientos. Sólo puedo entrar en el estadio cuando hay partido.

—¿Y cuál es la razón de esa actitud...?

—No lo sé.

—Es muy raro.

—Quizá lo considere peligroso.

—¿Para ti o para los jugadores?

Gladys rió.

—¿Tú me consideras una chica peligrosa, Rock...? —Tal vez.

—Entonces, no me lleves a tu casa. ¡Podría comerte! Ahora fue el jugador quien rió.

—Yo no te tengo miedo, Gladys.

—Me alegro.

—¿Me lo tienes tú a mí...?

—¡Por supuesto que no!

—Entonces, sígueme.

—¿Vas a llevarme a tu casa...?

—Sí.

—¡Magnífico!

Rock salió del *Maserati,* fue hacia su *Ford-Capri,* se introdujo en él, y lo hizo arrancar, comprobando por el espejo retrovisor que Gladys le seguía.

* * *

El apartamento alquilado por Rock Mannion era amplio, moderno y confortable. Hacía ya algunos minutos que el jugador y Gladys Durbin habían llegado, y se encontraban sentados en el sofá del living, tomando un par de bebidas no alcohólicas.

La sobrina de Alfred Fossey vestía una falda corta y una delgada blusa, bajo la cual se movían, absolutamente libres, sus jóvenes y erectos senos.

Rock, por su parte, vestía un pantalón claro y una camisa azul, de botones plateados. Calzaba mocasines negros.

Como Gladys había cruzado las piernas, el jugador pudo admirar la maravillosa perfección de las extremidades inferiores de la muchacha, sintiendo el irreprimible deseo de acariciarlas.

De una manera maquinal, posó su diestra sobre el muslo izquierdo de Gladys, muy suavemente.

Ella se la miró.

—¿Qué hace esa mano, Rock?

—¿Qué mano?

—No te hagas el sueco, que tú ni siquiera tienes el pelo rubio.

El jugador emitió una risita.

—Mi mano ha actuado por su cuenta, te lo aseguro.

—Hace lo que quiere, ¿eh?

—En ocasiones así es. Ha visto que tienes unas piernas preciosas y no ha podido resistir la tentación de acariciártelas.

—Tendré que llevar cuidado con enseñarle más cosas, pues, porque si toca todo lo que le gusta...

—No sabe controlarse.

—Anda, retira ya esa mano, Rock.

—¿Por qué?
—Temo que quiera tocar también lo que no ve.
—Tranquilízate, eso no sucederá.
—¿Seguro?
—No puedo propasarme contigo, eres la sobrina del presidente de mí equipo.
—De todos modos, retira tu mano. Me sentiré más tranquila.
—Dijiste que no me tenías miedo, ¿recuerdas?
—No sabía que fueras tan peligroso.
—Tú eres más peligrosa que yo.
—Yo no te he acariciado nada.
—No necesitas hacerlo para despertar el deseo en un hombre.
—¿Tú crees?
—Si no fueras quien eres ya estaríamos en la cama.
—¿Haciendo la siesta?
—Haciendo otra cosa.
—No he venido a «eso», así que quítatelo de la cabeza.
—No te preocupes, no pienso intentarlo.
—Y tampoco piensas dejar de acariciarme las piernas, por lo que veo.
—Si te molesta, di meló y retiraré mi mano enseguida.
—Hombre, tanto como molestarme...
Mannion sonrió.
—Ya sabía yo que no —dijo, y besó los labios de Gladys Durbin, carnosos y recubiertos de un brillo húmedo que los hacía terriblemente excitantes.
Ella aceptó el beso.
Incluso colaboró en la caricia.
Cuando separaron sus bocas, el jugador confesó:
—Me gustas, Gladys.
—Será mejor que me vaya, Rock.
—¿Por qué?
—Estás olvidando que soy la sobrina de Alfred Fossey y estás empezando a perderme el respeto.
—No es cierto.
—Acabas de besarme.
—Y tú a mí.
—Bueno, es que una no es de piedra, y al sentir tus labios sobre los míos, pues...
Mannion la besó de nuevo.
Gladys no protestó.
Es más, le devolvió el beso, como antes.
Sin embargo, cuando el jugador retiró su boca, la joven frunció el ceño

y dijo:

—¿Ves cómo me estás perdiendo el respeto, Rock?

—No digas tonterías.

—Has vuelto a besarme.

—Nos hemos vuelto a besar —corrigió Mannion, con una sonrisa.

—Ya te he dicho que no soy de piedra. ¿Se quedarían quietos tus labios, si yo te besara a ti...?

—Seguro que no.

—¿Lo ves?

—Yo también te gusto, ¿verdad?

—Claro. Por eso te seguí desde el estadio. Y por eso, también voy a marcharme ahora mismo.

—Es un contrasentido, ¿no te das cuenta?

—Yo quería charlar contigo, Rock, no meterme en tu cama. Y allí acabaremos, como sigas besándome y acariciándome las piernas.

—¿Y qué tendría de particular, si los dos nos gustamos y nos deseamos?

—Nada, pero mi tío me mataría, si se enterase.

—¿Y cómo se iba a enterar?

—No lo sé, pero, como muy bien suele decirse, lo único que no se puede descubrir es lo que no se hace, así que nosotros no vamos a hacer nada. ¿De acuerdo...?

Mannion se quedó mirándola con fijeza.

—Tengo la impresión de que estás jugando conmigo, Gladys.

—Por favor, no pienses eso.

—¿Cómo no lo voy a pensar, si tú...?

Gladys le puso la mano en los labios y lo hizo callar.

—He coqueteado contigo, lo sé. Pero sin mala intención, Rock, créeme. Tenía muchas ganas de conocerte personalmente, lo he conseguido, y me siento muy feliz por ello. Me ha gustado que me besaras y que me acariciaras, pero las cosas no deben ir más lejos... por el momento. Es pronto para iniciar una relación más profunda y más íntima. Tenemos que conocernos más y mejor. Después, ya veremos lo que pasa. ¿Estás de acuerdo, Rock?

El jugador le retiró suavemente la mano de su boca, se la besó, y respondió.

—Sí, creo que tienes razón, Gladys.

Pocos minutos después, la sobrina de Alfred Fossey abandonaba el apartamento de Rock Mannion y éste se tumbaba en la cama, para echar un par de horas de siesta, aunque tardó bastante en dormirse, porque no podía dejar de pensar en Gladys Durbin.

CAPÍTULO V

Habían transcurrido dos semanas desde la presentación del nuevo equipo de «Los Titanes» a los representantes de los medios informativos y los aficionados que acudieron al estadio esa mañana.

Dos semanas de entrenamientos duros, largos, agotadores, que habían servido para poner a punto a la totalidad de los miembros de la plantilla.

Todos gozaban ahora de una condición física óptima, envidiable, gracias a las «palizas» diarias que les había dado Nat Kirby, su entrenador, un hombre tan severo como competente.

El técnico de «Los Titanes» sabía que el nuevo campeonato iba a ser durísimo, terrible, disputado como ninguno, y quería que sus jugadores estuviesen en condiciones de afrontar y soportar la larga temporada, repleta de partidos importantes.

Una vez iniciado el campeonato, no podrían darse respiro.

Tendrían que vaciarse físicamente en cada partido, entregarse al máximo, luchar de principio a fin, porque era la única manera de ir superando a sus rivales, sumando puntos, y proclamarse campeones al finalizar la temporada.

Era el objetivo de «Los Titanes».

También era el objetivo, claro, de «Los Búfalos» de Nueva York, que estaban dispuestos a revalidar su título de campeones y también venían entrenando duro.

Como «Los Tigres» de Chicago.

Y como «Los Rinocerontes» de Miami.

Eran los cuatro grandes favoritos, pero no se podía descartar de antemano a los equipos de Los Ángeles, Boston, Atlanta, Dallas, y otras ciudades importantes, ya que cualquiera de ellos podía dar la sorpresa y colocarse en el grupo de cabeza con posibilidades de adjudicarse el campeonato.

Estos equipos, especialmente cuando jugaban en sus estadios, animados por su público, eran difíciles de batir y había que sudar mucho para doblegarlos.

Y es que, lógicamente, los árbitros se dejaban influir por el ambiente y a la hora de señalar las faltas o amonestar a los jugadores solían mostrarse más benevolentes con el equipo de casa que con el visitante.

Ocurría en todos los estadios, y así, jugadores tan bruscos y tan sucios como Chuck Amstrong, el zaguero de «Los Búfalos», hacían mucho más el bestia cuando jugaban en su estadio que cuando disputaban los partidos en

los estadios de los equipos rivales.

Amstrong, en realidad, hacía el bestia en todos los estadios, sólo que más disimuladamente que cuando jugaba en la cancha de «Los Búfalos», que era donde más descarada y brutalmente arrollaba a sus adversarios, haciéndoles pedazos el esqueleto.

El calendario de los partidos ya estaba formado, correspondiéndoles a «Los Titanes» jugar en Nueva York en la primera vuelta del campeonato. En la segunda vuelta, serían «Los Búfalos» los que viajarían a San Francisco, para jugar en el estadio de «Los Titanes».

El año anterior había sido al revés y ello perjudicó a «Los Titanes», que probablemente se hubieran pro clamado campeones de haber jugado su segundo partido contra «Los Búfalos», y último del campeonato, en San Francisco, apoyados por sus hinchas, en vez de hacerlo en Nueva York.

Se pensaba, por tanto, que este año el sorteo había favorecido a «Los Titanes», al tener que disputar su segundo partido contra «Los Búfalos» en su propio estadio.

Pero, si el sorteo había favorecido al equipo de San Francisco en este sentido, le había deparado en cambie un principio de campeonato difícil, al enfrentarle a las primeras contra «Los Rinocerontes», en Miami.

Sería toda una prueba de fuego para «Los Titanes», que tendrían que demostrar en la cancha de «Los Rinocerontes» si sus aspiraciones de lograr el campeonato eran fundadas o no.

Una victoria del equipo de San Francisco, en Miami, serviría para arrancar fenomenalmente el campa mentó, llenando de ilusión y de moral a sus jugadores Una derrota, en cambio, supondría un freno para «Los Titanes», que de buenas a primeras se verían alejados de los primeros puestos de la clasificación, lo que indudablemente repercutiría en la moral de sus jugadores y enfriaría los ánimos de sus seguidores.

Nat Kirby, consciente de ello, estaba estudiando la mejor táctica a emplear en la cancha de «Los Rinocerontes», la que pudiera proporcionarles el triunfo en Miami.

Faltaba sólo una semana para el comienzo del campeonato.

Siete días para que Rock Mannion y Jerry Holmes debutasen oficialmente en el equipo de «Los Titanes» y demostrasen en el estadio de «Los Rinocerontes» lo que eran capaces de hacer juntos.

Ya lo habían demostrado en los entrenamientos, maravillando a sus propios compañeros y a su entrenador, pero era necesario ratificarlo en un partido oficial, con rivales de verdad, duros, expeditivos, y hasta violentos, en algunos casos.

Rock y Jerry estaban deseando jugar en la cancha de «Los Rinocerontes», porque no dudaban que allí se desenvolverían con la misma rapidez y la misma inteligencia que en los entrenamientos, realizando unas

combinaciones fantásticas, que seguramente dejarían boquiabiertos a los espectadores que acudiesen al estadio de «Los Rinocerontes».

Se habían hecho, además, grandes amigos.

Rock había comido y cenado varias veces en casa de los Holmes, y les había llevado algunos regalos a Coretta y a la pequeña Sarah, que cada vez se hallaba más encariñada con él.

Ello, sin embargo, no había impedido a Rock ver a Gladis Durbin, la sobrina de Alfred Fossey, con la que también había almorzado y cenado varias veces en aquellas dos semanas, sin que el presidente de «Los Titanes» tuviera noticia de ello.

Era cierto que Gladys no asistía a los entrenamientos, luego debía de ser verdad, también, que su tío se lo tenía prohibido. En cambio, la muchacha estaba decidida a viajar a Miami, para presenciar el encuentro que «Los Titanes» debían disputar en la cancha de «Los Rinocerontes».

De eso, precisamente, estaba hablando con Rock aquella noche, en el apartamento del jugador.

—Quiero presenciar vuestra victoria en el estadio de «Los Rinocerontes». Porque vais a ganar, ¿verdad?

—Esa es nuestra intención, Gladys.

—Tenéis que ganar, Rock. No podéis empezar el campeonato cosechando una derrota.

—Por nosotros no va a quedar, puedes estar segura. Lucharemos como leones desde el primero al último minuto.

—¿Os ha ofrecido mi tío una buena prima, por ganar a «Los Rinocerontes»?

—Desde luego.

—Mi tío es un hombre muy generoso.

—Más que tú.

—¡Eh! ¿Por qué dices eso? —exclamó Gladys.

—Todavía no has querido acostarte conmigo.

—No ha sido por falta de ganas, te lo aseguro.

—¿Qué es lo que te frena, entonces?

—Mi tío.

Rock respingó levemente.

—¿Sabe él que nos vemos...?

—¡Por supuesto que no!

—No lo entiendo, pues.

—Va a empezar el campeonato. Y debe empezar bien para «Los Titanes», con una victoria sobre «Los Rinocerontes» en su propio estadio de Miami.

—Sigo sin entender.

—Supón que perdéis el partido. Y que mi tío descubre que mantengo

relaciones íntimas contigo. ¿A quién crees que le echaría la culpa de la derrota de «Los Titanes»...?

—¿A mí?

—No, a mí, por haberle hecho quemar energías en la cama a una de las estrellas del equipo.

Mannion sonrió.

—Sólo quemaría las necesarias, Gladys. Y no se notaría en mi rendimiento, te lo aseguro.

—Es posible que no, pero...

—Jerry Holmes es la otra gran figura de «Los Titanes», ¿no?

—Sí, claro. Es tan famoso como tú.

—Pues está casado, ¿sabes?

—Estoy enterada.

—Su mujer está como para ponerse la servilleta antes de empezar con ella.

Gladys rió.

—Para comérsela, quieres decir, ¿no?

—Exacto.

—Sí, la vi de lejos. Y es una negra muy guapa, efectivamente.

—Estoy seguro de que Jerry y ella hacen el amor con regularidad. Y eso no afecta para nada el rendimiento de Jerry. Si lo vieras entrenar... Está pletórico de fuerzas. ¡Ya lo verás correr en la cancha de «Los Rinocerontes»!

—Puede que para Jerry Holmes, hacer el amor, sea como ingerir vitaminas —bromeó Gladys, con pícaro gesto.

—Estoy hablando en serio.

—Lo sé.

—¿Por qué Jerry puede hacer el amor con su mujer, siempre que le apetece, y yo no puedo hacerlo contigo?

—Porque Jerry está casado, y tú, no.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Para mi tío, mucho. Si perdéis en Miami, a Jerry Holmes no le dirá nada, porque nada ha hecho que se le pueda reprochar. A ti, en cambio, te diría muchas cosas si descubriera que has hecho el amor conmigo. Y no digamos a mí... ¡Me dejaría sorda!

Mannion la abrazó con pasión.

—No se enterará, Gladys.

—Frénate, Rock, por favor.

—Te deseo y quiero que seas mía.

—Cuando volvamos de Miami, ¿de acuerdo?

—¿Miami?

—Sí, será como una prima especial para ti, por haber ganado a «Los

Rinocerontes».

—¿De veras harás el amor conmigo cuando regresemos de Miami?

—Te lo prometo. Pero tenéis que ganar, ¿eh?

—Por nada del mundo perdería yo ese partido —aseguró Rock, y besó ardorosamente a la sobrina de Alfred Fossey.

CAPÍTULO VI

Faltaban escasos minutos para que diese comienzo el choque entre «Los Titanes» de San Francisco y «Los Rinocerontes» de Miami, cuyo estadio se hallaba totalmente abarrotado de público.

Un público expectante, que aguardaba con impaciencia la aparición en la cancha de los jugadores de ambos equipos, para ovacionar calurosamente a «Los Rinocerontes».

Y así lo hicieron, cuando los componentes del equipo de Miami saltaron al terreno de juego, dispuestos a dar la batalla a «Los Titanes» de San Francisco y conseguir la victoria, porque «Los Rinocerontes» jugaban en su estadio y eran conscientes de que iniciar el campeonato perdiendo en su cancha sería fatal para ellos, porque les restaría muchas posibilidades de cara a la conquista del título de campeones.

La aparición de «Los Titanes» fue acogida con división de opiniones, ya que mientras una parte de los espectadores aplaudían, la otra silbaba, más que nada para poner nerviosos a los jugadores del equipo de San Francisco, al que en el fondo admiraban tanto como los aficionados que aplaudían, pues todos recordaban la magnífica campaña realizada por «Los Titanes» en el último campeonato, que se les escapó por los pelos.

Por los pelos... y por los «hachazos» que repartió Chuck Amstrong, el defensa de «Los Búfalos», en el último partido del campeonato, lesionando a casi todos los delanteros del equipo de San Francisco.

La verdad es que los hinchas de «Los Rinocerontes» estaban deseando ver en acción a Rock Mannion y Jerry Holmes, las dos grandes estrellas del equipo de «Los Titanes», que por primera vez iban a jugar juntos.

Al propio tiempo, sin embargo, los partidarios del equipo de Miami temían la actuación de aquel par de ases del balón oval, pues sabían que eran capaces de hacer diabluras y se preguntaban si los defensas del conjunto de «Los Rinocerontes» sabrían contener los fulgurantes ataques de Rock Mannion y Jerry Holmes.

Enseguida saldrían de dudas, porque los jugadores de ambos equipos habían ocupado ya sus puestos en la cancha y el árbitro se disponía a dar el pitido inicial.

Nat Kirby, sentado en el banco de los reservas, junto al masajista y al médico del club, puso en marcha su cronómetro cuando el árbitro indicó el comienzo del partido entre el clamor del público.

—¡A por ellos, muchachos! —exclamó el entrenador, controlando a duras penas sus nervios.

También los jugadores suplentes, preparados para saltar al terreno de juego en sustitución de alguno de sus compañeros, se veían nerviosos.

El más nervioso de todos, sin embargo, era Alfred Fossey.

Había encendido un puro colosal, pero no estaba muy seguro de si se lo fumaría o se lo comería a bocados. Dependía de cómo se desarrollase el encuentro y cómo fuese el marcador.

Gladys Durbin también se hallaba presente en el estadio de «Los Rinocerontes», aunque no junto a su tío. Había viajado sola, no con el equipo, y sola regresaría a San Francisco, después del partido.

La muchacha estaba casi tan nerviosa como Alfred Fossey.

Deseaba fervientemente la victoria de «Los Titanes», por el bien del equipo que presidía su tío y porque tenía muchas ganas de acostarse con Rock Mannion.

Y como le había prometido hacer el amor con él, si vencían a «Los Rinocerontes»...

El emocionante choque se había iniciado con un acoso del equipo de Miami, que quería ser el primero en marcar, pero los defensas del conjunto de San Francisco supieron frenar su avance, cometiendo una falta.

El árbitro ordenó la formación de una «melée».

Se constituyeron los dos bloques de jugadores y empezaron a empujar mutuamente como bisontes, con el fin de ganar terreno. El jugador correspondiente introdujo el balón en el interior de la «melée», y los jugadores que la formaban redoblaron sus esfuerzos por hacer retroceder al bloque contrario y conseguir que la pelota ovalada quedara libre.

Pudo más el bloque de «Los Titanes» y el balón fue recogido por un delantero del equipo de San Francisco, iniciándose inmediatamente el contraataque del conjunto de «Los Titanes».

Rock Mannion y Jerry Holmes ya se habían desmarcado y esperaban la entrega del balón, para intentar llevarlo al campo contrario.

Lo recibió el ex delantero de «Los Búfalos».

Apenas lo tuvo en sus manos, Rock se convirtió en una flecha, sorteando magistralmente a cuantos jugadores contrarios le salían al paso, intentando placarle.

Jerry Holmes se había disparado también y corría paralelamente a Rock Mannion, para poder recibir el balón de éste.

Rock se lo pasó, porque el jugador de color estaba más libre que él en aquellos momentos y el balón estaña más seguro en sus manos.

Jerry siguió devorando metros.

Varios contrarios intentaron frenarle, pero el negro los burló sensacionalmente bien y luego le devolvió la pelota a Rock, que nuevamente había quedado libre de vigilancia, al haberse atraído Jerry a los contrarios.

Rock atenazó la pelota y se lanzó hacia la línea de gol, que ya estaba a sólo unos metros. El hueco era muy claro, podía conseguir el primer ensayo para su equipo y anotarse los tres primeros puntos, que serían cinco si luego lograban transformar el ensayo en gol.

El único obstáculo que le quedaba por salvar, era el zaguero del equipo de «Los Rinocerontes», el cual intentó placarle arrojándose sobre sus piernas, pero Rock dio un fantástico salto y el jugador contrario sólo atrapó el aire.

Segundos después, el delantero de «Los Titanes» ponía el balón oval detrás de la línea de gol y conseguía el ensayo.

Rock fue felicitado por sus compañeros, lo mismo que Jerry, porque entre los dos habían conseguido llevar la pelota hasta allí, desbordando a los defensas contrarios.

Luego, tuvo lugar el correspondiente lanzamiento.

El balón ya estaba colocado en el punto exacto.

Rock tomó impulso y le dio una tremenda patada, enviándolo hacia la portería de «Los Rinocerontes».

La pelota, magníficamente dirigida y con la potencia necesaria, pasó por encima del travesaño, más cerca del palo derecho que del izquierdo.

El ensayo había sido limpiamente transformado.

«Los Titanes» ganaban a «Los Rinocerontes», pues, por 5-0.

Era un buen principio, desde luego.

Pero aún quedaba mucho partido por delante y era de esperar una reacción inmediata por parte del equipo de «Los Rinocerontes», constantemente espoleado por su público.

Los próximos minutos iban a ser cruciales para la marcha del partido, porque si «Los Titanes» podían contener la furiosa reacción de «Los Rinocerontes», impidiéndoles marcar, y además eran ellos los que marcaban de nuevo, adquirirían una ventaja muy importante, lo cual desmoralizaría sin duda a sus rivales.

«Los Rinocerontes», efectivamente, desencadenaron una serie de corajudos ataques sobre el campo de «Los Titanes», intentando llevar el balón al otro lado de la línea de gol, pero los defensas del equipo de San Francisco respondieron magníficamente, cerrando todos los caminos, y los delanteros del equipo de Miami no pudieron franquear la barrera defensiva de sus rivales.

De pronto, se produjo un contraataque de «Los Titanes», organizado por Rock Mannion y Jerry Holmes, quienes pillaron excesivamente adelantados a los defensas contrarios.

Estos intentaron por todos los medios frenar a los peligrosos delanteros rivales, pero les fue imposible, porque Mannion y Holmes, cuando se lanzaban sobre una defensa demasiado abierta o descuidada, eran

absolutamente imparables.

Pasándose el balón en el momento oportuno, sin dejar de correr como balas y quebrando fantásticamente a los nerviosos defensas del equipo de Miami, Rock Mannion y Jerry Holmes consiguieron llegar a la línea de gol y colocar la pelota tras ella.

En esta ocasión, fue el extraordinario jugador de color quien logró el ensayo. Ensayo que, poco después, conseguía transformar habilidosamente, con un lanzamiento impecable sobre la portería de «Los Rinocerontes».

El marcador se puso 10-0 para el equipo de San Francisco.

Después, ocurrió lo que todo el mundo pensaba.

«Los Rinocerontes», desmoralizados por tan contundente tanteo, encajado además en su propio estadio, se vinieron abajo y a partir de aquel momento fueron presa fácil para «Los Titanes» quienes, pletóricos de moral, fueron aumentando su ventaja.

Rock Mannion y Jerry Holmes jugaron a placer, asombrando al público con sus vertiginosas carreras hacia la línea de gol contraria, con sus medios pases, con sus fintas, con sus lanzamientos...

Realizaron tan gran exhibición, que los hinchas del equipo de Miami no tuvieron más remedio que rendirse ante aquella maravillosa lección de rugby y aplaudieron con calor a Mannion y Holmes, como si fuesen jugadores de «Los Rinocerontes».

Al descanso, se llegó ya con el apabullante tanteo de 33-8 a favor de «Los Titanes», que se convirtió en un 58-16 al término del encuentro.

Toda una paliza.

¡Y propinada, además, a domicilio!

¡Y a uno de los equipos favoritos, porque «Los Rinocerontes» lo eran sin ninguna duda!

«Los Titanes», desde luego, no habían podido empezar mejor el campeonato. Habían jugado su primer partido lejos de su estadio, habían ganado contundentemente a un equipo muy difícil, y habían deslumbrado al público con su maravilloso juego.

De ahí la alegría de Nat Kirby, el técnico que los dirigía.

Y de Alfred Fossey, el hombre que los presidía.

Y de Gladys Durbin, la joven y bella sobrina del presidente, que iba a tener que acostarse con Rock Mannion, porque ésa era la prima especial que le había ofrecido por vencer a «Los Rinocerontes».

¡Y estaba deseando cumplir su promesa!

CAPÍTULO VII

Rock Mannion estaba sacando una botella de champaña del frigorífico cuando se puso a sonar el timbre de su apartamento. El jugador sonrió, pues adivinaba que se trataba de Gladys Durbin. Dejó la botella sobre el frigorífico y acudió a abrir.

En efecto, era la sobrina de Alfred Fossey.

Rock se quedó mirándola, porque Gladys estaba tan hermosa y más deseable que nunca, como si se hubiera arreglado más cuidadosamente para una ocasión tan especial.

—Hola, estrella del rugby —saludó la muchacha, con una preciosa sonrisa.

Mannion no dijo nada.

Ella, extrañada, preguntó:

—¿Ocurre algo, Rock...?

—No.

—¿Por qué me miras así, entonces...?

—Estás maravillosa, Gladys.

—Tú sí que estuviste maravilloso. En el partido, me refiero.

—Todos jugamos bien.

—Pero yo sólo te ofrecí la prima especial a ti...

Mannion la rodeó con sus brazos y la besó en los labios.

Después, la miró a los ojos y preguntó:

—¿Vas a cumplir tu promesa, Gladys?

—A eso he venido. Claro que, si tú tienes otros planes, puedo volver otro día —bromeó ella.

—No digas tonterías. Ya tengo la botella de champaña preparada.

—¿Para brindar por la victoria sobre «Los Rinocerontes»?

—Para brindar por ti y por mí. Por nuestra primera noche de amor.

—Entonces, debes tener la botella en el dormitorio.

—No, pero la llevaré enseguida.

—Antes tendrás que llevarme a mí, ¿no?

—Desde luego. Y voy a hacerlo en brazos.

—¿Cómo si acabáramos de casarnos?

—Eso.

—Qué lástima que no sea verdad —suspiró Gladys, en brazos ya del jugador.

Mannion la miró fijamente a los ojos.

—¿Te casarías conmigo, Gladys.

—Mañana mismo.
—¿Por qué?
—Por la misma razón que voy a meterme en la cama contigo.
—¿Me quieres?
—Locamente.
—Yo también te quiero, Gladys.
—Pero no lo suficiente como para casarte conmigo, ¿verdad?
—No es cierto.
—¿Quieres decir que habrá boda...?
—Probablemente.
—¿Cuándo?
—Al finalizar el campeonato.
—¡Pero si acaba de empezar...!
Mannion sonrió.
—No podemos casarnos hasta que no termine la temporada, compréndelo. No tendríamos luna de miel...
—Tienes razón. Además, mi tío no lo permitiría.
—De todos modos, estaremos juntos y haremos el amor siempre que lo deseemos.
—No; siempre que lo deseemos, no. Lo haremos sólo después de cada partido ganado. La semana que «Los Titanes» pierdan, no dejaré que me lleves a la cama.
—¿Lo dices en serio...?
—Sí, muy en serio.
—¡Tú lo que quieres es que me parta el pecho en cada partido, para que el equipo de tu tío sea campeón!
—Exacto.
Mannion entrecerró los ojos con desconfianza.
—No estarás cumpliendo instrucciones suyas, ¿verdad?
—¿Yo?
—Sí, tú.
—¿Por quién me tomas?
—Está bien, olvídalo. Al fin y al cabo, «Los Titanes» no vamos a perder ningún partido, así que todas las semanas podré llevarte a la cama.
—¿Ni siquiera perderéis contra «Los Búfalos»...?
—Sabiendo que el premio por ganar un partido eres tú, derrotaría a «Los Búfalos» yo solo.
Gladys rió.
—¡Qué halagada me siento, Rock!
El jugador rio también, le dio un beso, y luego se dirigió a su dormitorio, con ella en brazos.

* * *

En la primera jornada del campeonato, además de «Los Titanes», habían ganado también sus partidos «Los Búfalos» de Nueva York y «Los Tigres» de Chicago, aunque las victorias de estos dos conjuntos habían sido menos meritorias, puesto que las habían logrado en sus propios estadios, animados por sus hinchas, mientras que el equipo de San Francisco había conquistado su triunfo en cancha ajena.

La victoria de «Los Búfalos» había sido más aplastante que la de «Los Tigres», porque Chuck Amstrong, «El Terror de los Estadios», había empezado el campeonato haciendo de las suyas.

Es decir, que había saltado a la cancha con un hacha camuflada, como dijera Alfred Fossey el día de la presentación de «Los Titanes», y había soltado varios «hachazos», lesionando a los delanteros más peligrosos del equipo rival.

El defensa de «Los Búfalos», pues, no había cambiado.

Seguía siendo el mismo.

Un bestia.

Un energúmeno.

Y, en consecuencia, un peligro para los delanteros de los equipos contrarios, a muchos de los cuales los tenía acojonados.

Era lógico, porque ser embestidos por Chuck Amstrong, era como verse arrollados por un camión de mudanzas.

En la segunda jornada del campeonato, «Los Tigres» no tuvieron problemas para imponerse claramente en su estadio al rival de turno, realizando otra gran exhibición de juego, para deleite de los aficionados, que disfrutaron como enanos con las diabólicas acciones de Rock Mannion y Jerry Holmes.

Aquella misma noche, naturalmente, Rock y Gladys hicieron nuevamente el amor, celebrando así la victoria.

Victoria que también habían conseguido «Los Búfalos» y «Los Tigres», esta vez en las canchas de los contrarios, confirmando sus aspiraciones de ganar el campeonato.

«Los Rinocerontes», por su parte, se sacaron la espina de su humillante derrota ante «Los Titanes» venciendo a domicilio, en un gran partido. Con esta brillante reacción, el equipo de Miami parecía advertir a los favoritos que tendrían que contar con ellos, porque no pensaban arrojar la toalla tan pronto.

En la tercera jornada. «Los Búfalos» recibieron en su estadio a «Los Tigres», a los que derrotaron, tras un encuentro muy disputado, en el que, como de costumbre, destacó Chuck Amstrong por sus salvajadas, lastimando a los delanteros del equipo de Chicago.

«Los Titanes» volvieron a vencer con claridad en su desplazamiento, por lo que continuaron en cabeza de la clasificación, junto con «Los

Búfalos», seguidos de «Los Tigres» y «Los Rinocerontes», ambos con una derrota en su haber.

El campeonato, por tanto, llevaba un desarrollo similar al del año anterior, con «Los Titanes» y «Los Búfalos» mandando en la tabla clasificatoria, amenazados por «Los Tigres» y «Los Rinocerontes».

Y así continuó.

«Los Búfalos» consiguieron vencer a «Los Rinocerontes», en Miami, dando un paso de gigante en sus aspiraciones. Pero «Los Titanes» también dieron otro paso de gigante, al derrotar a «Los Tigres» en Chicago.

En consecuencia, «Los Tigres» y «Los Rinocerontes» quedaron ligeramente rezagados, dejando solos en cabeza a «Los Titanes» y «Los Búfalos», que tendrían que enfrentarse en la última jornada de la primera vuelta, en Nueva York.

Si ambos equipos llegaban imbatidos a ese partido, el choque adquiriría un interés inusitado y una emoción indescriptible, porque ese día podía quedar decidido el campeonato si los de San Francisco conseguían derrotar a «Los Búfalos» en su propio feudo.

En cambio, si vencían los de Nueva York, las espadas quedarían en alto, porque aún tendrían que rendir visita a «Los Titanes», en cuyo estadio podían caer derrotados.

El partido de Nueva York, por tanto, entrañaba un mayor riesgo para «Los Búfalos» que para «Los Titanes», porque los primeros tenían más que perder que los segundos, aunque el encuentro sería igualmente importante para ambos equipos.

El campeonato siguió disputándose y Rock Mannion y Gladys Durbin continuaron haciendo el amor después de cada partido, porque «Los Titanes» seguían sin conocer la derrota.

Tampoco «Los Búfalos» habían sido vencidos por rival alguno.

Y así se llegó al último partido de la primera vuelta, con «Los Titanes» y «Los Búfalos imbatidos, dispuestos ambos a batir el cobre en la cancha de los segundos.

El partido no tenía pronóstico, pues si bien «Los Búfalos» contaban con la ventaja de jugar en su estadio, «Los Titanes» tenían un mayor poder realizador, como lo demostraban los escandalosos tanteos que había conseguido en los partidos anteriores, aplastando a sus rivales tanto en su estadio como lejos de él.

«Los Búfalos» no habían logrado unos resultados tan abultados, especialmente en sus desplazamientos, y ello tenía muy preocupado a Luke Porter.

El presidente del equipo neoyorquino temía la derrota de los suyos y, con el fin de asegurarse la victoria de «Los Búfalos», ideó un plan tan sucio como censurable.

Y se apresuró a llevarlo a la práctica.

CAPÍTULO VIII

Todavía faltaban dos días para el gran choque entre «Los Búfalos» y «Los Titanes», pero ya no quedaban entradas, a pesar de que el estadio del equipo neoyorquino era uno de los mayores del país.

Y es que el partido había despertado tal expectación, que no sólo había adquirido localidades los aficionados neoyorquinos. Se habían recibido peticiones de entradas desde otras varias ciudades, entre ellas, lógicamente, San Francisco, pues iban a ser cientos de seguidores del equipo de «Los Titanes» los que se trasladasen a Nueva York en vuelos especiales, para animar a sus jugadores a conseguir la victoria en la difícil y peligrosa cancha de «Los Búfalos».

Los hinchas de «Los Titanes» se decían que, derrotando a «Los Búfalos» en Nueva York, el título de campeones lo tenían en el bolsillo, porque «Los Búfalos» no serían capaces de vencer a «Los Titanes» en San Francisco, después de haber perdido en su propia cancha.

A medida que se aproximaba el choque, la tensión crecía tanto en una ciudad como en la otra. Alfred Fossey confiaba en la espléndida forma de su equipo, en su magnífico juego, en su extraordinario poder atacante y en la solidez y efectividad de su defensa, pero temía a «Los Búfalos».

A Chuck Amstrong, más concretamente.

El zaguero del equipo neoyorquino le quitaba el sueño.

También se lo quitaba a Nat Kirby.

El entrenador de «Los Titanes» temía que el bestia de Amstrong cazara a Rock Mannion y Jerry Holmes y los lesionara de consideración, impidiéndoles no sólo acabar el partido, sino jugar los próximos, con lo cual se vendrían abajo las aspiraciones de «Los Titanes».

Otra que no podía dormir bien por las noches, era Gladys Durbin.

Y lo mismo le sucedía a Coretta Holmes.

El motivo era también el próximo partido que «Los Titanes» iban a disputar en el estadio de «Los Búfalos». Y, fundamentalmente, lo que Chuck Amstrong pudiera hacerles a Rock y Jerry, para acabar con sus veloces y peligrosas incursiones.

De nada servía que Rock y Jerry asegurasen que no se iban a dejar arrollar por el gorilesco Amstrong. El temor de Gladys y Coretta se acentuaba a medida que se aproximaba el choque. No podían evitarlo.

Ambas se conocían ya, porque Rock había llevado a Gladys a casa de los Holmes y se la había presentado, sin ocultar que se trataba de la sobrina de Alfred Fossey y que éste ignoraba que Rock y Gladys se veían a

menudo.

Como saltaba a la vista que Rock y Gladys se querían, la primera vez que el ex delantero de «Los Búfalos» llevó a la sobrina del presidente de «Los Titanes» a casa de los Holmes, Jerry le dio un golpe en el costado con el codo a su compañero y recordó:

—¿No te dije que te iba a pescar una chica de San Francisco, muchacho...?

Rock rio y respondió:

—Acertaste, moreno.

—¿Para cuándo la boda, Rock? —preguntó Coretta.

—Cuando acabe el campeonato.

Gladys intervino inmediatamente:

—Si «Los Titanes» lo ganan. Si se lo dejan arrebatar por «Los Búfalos», Rock tendrá que buscarse otra novia, porque yo me casaré con Chuck Amstrong.

La broma de la muchacha hizo reír con ganas a Rock, Jerry y Coretta.

Desde aquel día, Gladys había visitado varias veces a los Holmes, en ocasiones acompañada de Rock y otras sola, para hablar con Coretta y ver a la pequeña Sarah, con la que la sobrina de Alfred Fossey también se había encariñado y le llevaba juguetes y golosinas.

Aquella mañana, Coretta esperaba a Gladys, porque ésta le había anunciado que iría a llevarle una cosa a la niña. Por eso, cuando llamaron a la puerta, la esposa de Jerry acudió a abrir totalmente convencida de que sería Gladys.

Pero se equivocó.

No era la sobrina de Alfred Fossey, sino un par de individuos altos y fornidos, de rostro severo, duro, casi granítico.

Coretta, ligeramente asustada, porque los tipos tenían un aspecto de matones que erizaba el vello, preguntó:

—¿Qué desean?

—¿Es ésta la casa de Jerry Holmes, el famoso delantero de «Los Titanes»...? —preguntó a su vez el sujeto de la derecha, que lucía un generoso mostacho.

—Sí —asintió Coretta.

—Usted debe ser su mujer, ¿verdad? —habló el otro individuo, que tenía una cicatriz en la barbilla.

—Sí, soy su esposa.

—¿Jerry no está en casa?

—No, fue al entrenamiento.

—Oh, sí, claro. Tiene que estar en forma para el partido contra «Los Búfalos» —sonrió el tipo, con ironía—. Es muy importante para «Los Titanes».

—Así es —repuso Coretta.

—Bien, si no está Jerry, hablaremos con usted —dijo el individuo del mostacho.

—¿Conmigo?

—No le importa, ¿verdad? —sonrió fríamente el fulano, empujando a Coretta.

Esta retrocedió, más asustada aún que antes.

Los tipos entraron en la casa y cerraron la puerta.

Coretta, con trémula voz, preguntó:

—¿Quiénes son ustedes? ¿Qué es lo que quieren?

El que llevaba bigote se metió la mano bajo la chaqueta y extrajo una pistola automática provista de silenciador, apuntando a la esposa de Jerry Holmes.

Coretta ahogó un gemido de terror.

El tipo del bigote dijo:

—Queremos hablar contigo, sólo eso. Pero hablar con calma, tranquilos, sin gritos ni lloros. Si te pones histérica y empiezas a chillar, te meteré un par de plomos en el pecho y se acabó. ¿Entiendes lo que quiero decir, muñeca de color...?

Coretta no respondió.

El pánico había paralizado sus cuerdas vocales y no podía hablar.

El otro sujeto, el de la cicatriz en la barbilla, la cogió del brazo y la obligó a caminar hacia el interior de la casa, mientras preguntaba:

—¿Dónde está la niña?

Coretta no contestó.

El tipo le apretó el brazo con fuerza, arrancándole un gemido de dolor.

—Sabemos que tenéis una hija de poco más de un año. ¿Dónde está?

—En su cuarto —respondió temblorosamente Coretta.

—¿Duerme?

—Sí.

—Compruébalo —indicó el de la cicatriz a su compañero.

—Bien —respondió el bigotudo, caminando hacia la escalera.

—¡No suba, por favor! —suplicó Coretta, temiendo que el tipo de la pistola le causara algún daño a la niña.

El mostachudo sonrió levemente.

—Sólo voy a asegurarme de que la negrita duerme.

—¿Es que no me cree? ¿Por qué iba a mentirles?

El tipo de la cicatriz, que seguía agarrando del brazo a la mujer de Jerry Holmes, dijo:

—Está bien, déjalo. Creo que dice la verdad.

—Yo también.

—¿Cómo te llamas, preciosa?

—Coretta.

—¿Sabes que eres una negra muy hermosa, Coretta...?

La mujer de Jerry guardó silencio.

De pronto, el fulano de la cicatriz la empujó y la hizo caer en un sillón. Por un instante, las bien formadas piernas de Coretta quedaron expuestas a las miradas de los tipos, porque la falda se le había ido muy para arriba en la caída.

Se las cubrió con rapidez, bajándose la falda.

El sujeto de la cicatriz movió la cabeza, al tiempo que chasqueaba la lengua.

—Lo has hecho al revés, negrita. Lo que queremos es que te quites la falda. Y la blusa. Y el sujetador, si es que llevas.

Coretta se estremeció.

—No... —se negó, en tono quedo.

—Si no obedeces, mi compañero apretará el gatillo y todo se habrá acabado para ti. Y para la niña, porque la mataremos también.

Coretta tuvo un fallo cardíaco.

¡La niña!

¡Los tipos amenazaban con matar también a la niña!

¡Eran un par de asesinos!

El de la cicatriz apremió:

—Vamos, quítate la ropa, que no deseamos mataros a ninguna de las dos.

Coretta obedeció, aun sabiendo que lo más probable era que cuando quedara desnuda aquel par de miserables abusaran de ella. Pero no podía negarse, porque no dudaba que cumplirían su amenaza y la asesinarían a sangre fría, lo mismo que a la pequeña Sarah.

Se despojó primeramente de la falda y luego se abrió la blusa, dejando al descubierto sus turgentes pechos, porque no llevaban sujetador. Y es que no lo necesitaba en absoluto, dada la firmeza de su busto.

Los tipos se la comieron con los ojos.

—Cómo está la negra, ¿eh? —dijo el de la cicatriz.

—Sensacional de verdad —respondió el del bigote.

—Se le puede hacer un favor, ¿no crees?

—Y dos también.

—¿Qué, le ordenamos que se quite las braguitas...?

—Tú dirás.

Coretta temblaba sobre el sillón, esperando que los tipos la obligasen a despojarse de su prenda más íntima y luego la violasen salvajemente.

Sin embargo, no le ordenaron quitarse el breve pantaloncito.

El de la cicatriz se acercó a ella, la agarró del pelo, obligándola a levantar mucho la cabeza, y con la otra mano le toqueteó los pechos, el

vientre, las caderas, los muslos...

Coretta cerró los ojos y mantuvo las rodillas fuertemente apretadas, para que la mano del miserable no pudiera profundizar por entre sus muslos y alcanzara su sexo.

Afortunadamente, el tipo ni siquiera lo intentó, limitándose a acariciar el resto de su cuerpo.

—Nos gustaría mucho poseerte, ¿sabes? —dijo, con voz ronca de deseo —. Sin embargo, no lo haremos si nos prometes una cosa.

Coretta abrió los ojos.

—¿El qué? —preguntó, con débil voz.

—Que convencerás a Jerry para que juegue mal contra «Los Búfalos», perdiendo todos los balones que Rock Mannion, la otra estrella del equipo, le envíe.

—¿Es eso lo que quieren, que «Los Titanes» pierdan contra «Los Búfalos»...?

—Sí.

—¿Por qué?

—Eso no te importa, preciosa.

El tipo del bigote, que no dejaba de apuntarla con su arma, insistió:

—¿Convencerás a tu marido, negrita?

—Lo intentaré, pero no sé si...

—Tienes que convencerlo, porque si «Los Titanes» ganan a «Los Búfalos», Jerry recibirá un par de balazos en la espalda cuando menos se lo espere, tú volverás a caer en nuestras manos y abusaremos de ti, antes de liquidarte. Y no tendrías una muerte rápida, te lo garantizo. En cuanto a la niña, la ahogaríamos en una bañera. Y lo haríamos antes de liquidarte a ti, para que tu sufrimiento fuera mayor. ¿Qué te parece el programa...?

Coretta no respondió.

Se le habían llenado los ojos de lágrimas y sentía un terrible nudo en la garganta que le impedía pronunciar palabra.

El tipo de la cicatriz sonrió.

—Creo que no le ha gustado, así que hará lo imposible por convencer a su marido de que haga un mal partido contra «Los Búfalos» —dijo, y le soltó el pelo.

Coretta dobló la cabeza sobre su pecho desnudo, se cubrió el rostro con las manos, y rompió en sollozos, los más amargos que había emitido en su vida.

CAPÍTULO IX

Gladys Durbin detuvo su *Maserati* frente a la casa de los Holmes, cargó con la caja que llevaba en el asiento de al lado, que contenía una preciosa muñeca, y salió del coche.

Segundos después, pulsaba el timbre.

Transcurrió algo más de un minuto sin que Coretta acudiera a abrir.

Gladys, extrañada, apretó el timbre de nuevo, más largamente que la vez anterior. A pesar de ello, pasó otro minuto más y algunos segundos antes de que la mujer de Jerry abriera.

Lo hizo con los ojos enrojecidos y húmedos, la blusa mal abrochada, la falda torcida... Le temblaban, además, los labios y las manos. En realidad, le temblaba todo el cuerpo, aunque se le notaba menos.

Gladys, alarmada, exclamó:

—¿Qué te ocurre, Coretta...?

—Nada —respondió quedamente la esposa de Holmes.

—¿Cómo que nada? ¡Has llorado, estás mal vestida, y te tiembla todo!

Coretta se mordió nerviosamente los labios.

—Pasa, Gladys —rogó, haciéndose a un lado.

La sobrina de Alfred Fossey entró en la casa, cuya puerta cerró la mujer de Jerry.

—¿Qué traes en esa caja, Gladys? —preguntó Coretta.

—Una muñeca.

—Enséñamela.

—Después, Coretta.

—¿Después de qué?

—De que me hayas contado lo que te ha pasado.

—No me ha pasado nada.

—¿Me tomas por tonta, Coretta?

—Claro que no.

—Entonces, dime qué te ha sucedido.

—Nada, ya te lo he dicho. ¿Por qué no quieres creerme?

—Tardaste mucho en abrir.

—Estaba acostada.

—¿A estas horas...?

—Sí, no me encontraba bien. Tuve que saltar de la cama y vestirme con precipitación. Por eso llevo la blusa mal abrochada y la falda un poco torcida.

—¿Y las lágrimas y los temblores...?

Coretta se retorció nerviosamente las manos.

—Tuve una discusión con Jerry.

—¿Con Jerry?

—Sí, antes de que se fuera a entrenar. Me disgusté, me eché de nuevo en la cama, cuando él se marchó, y rompí a llorar. Esa es la razón de que continuase acostada, cuando tú llamaste.

Gladys, tras unos segundos de silencio, preguntó:

—¿Por qué discutisteis, Coretta?

—Cosas nuestras.

—¿No quieres contármelo?

—Prefiero no hablar de ello, Gladys.

—Está bien, no insistiré. Pero sí quiero decirte que me extraña mucho que Jerry y tú hayáis tenido una discusión tan seria.

—¿Por qué?

—Está muy enamorado de ti y es muy cariñoso contigo. Y tú también quieres mucho a Jerry. Por eso me sorprende que...

—Estás en lo cierto, Gladys, pero, el que nos queramos, no evita que tengamos alguna discusión. Todas las parejas discuten alguna vez, por mucho que se amen. Seguro que tú también has discutido con Rock.

—Jamás, puedes creerme.

—Bueno, pues ya discutirás, cuando os caséis.

—Es posible, pero...

—¿Me enseñas la muñeca, Gladys? —la interrumpió Coretta, que estaba deseando cambiar de conversación.

La sobrina de Alfred Fossey supo adivinarlo y no volvió a tocar el tema, aunque siguió pensando que era muy raro que Coretta hubiese tenido un disgusto tan gordo con Jerry.

Abrió la caja y le enseñó la muñeca.

Coretta forzó una sonrisa, porque malditas las ganas que tenía de sonreír, después de lo que los tipos le habían dicho y hecho, antes de largarse.

Y menos mal que se habían marchado antes de que llegara Gladys.

Por unos minutos, no se habían tropezado con ella.

¿La hubieran obligado a desnudarse, también...?

Seguramente.

Y la habrían manoseado, como a ella.

Por fortuna, la cosa no pasó de ahí, librándose de una doble violación.

—Es preciosa, Gladys. A Sarah le encantará —aseguró Coretta.

—¿Dónde está?

—Todavía no se ha despertado.

—Dásela cuando se despierte.

Coretta respingó.

—¿Te marchas, Gladys...?

—Sí, creo que es lo mejor, dado tu estado de ánimo. Querrás estar sola.

—Te equivocas, Gladys.

—¿Prefieres que me quede?

—Te lo ruego —respondió Coretta, cogiéndola del brazo.

Gladys sonrió con suavidad.

—Está bien, me quedaré un rato.

* * *

Al mediodía, cuando Rock Mannion regresó del entrenamiento, se encontró a Gladys Durbin en su apartamento. No le sorprendió en absoluto, porque había visto el *Maserati* de la muchacha estacionado en la calle y eso significaba que ella estaba arriba, esperándole, para almorzar juntos.

El jugador le había entregado una llave a su novia, para que ella pudiera entrar en su apartamento aunque él no estuviera, lo cual solía hacer bastante a menudo.

—Hola, estrella —dijo Gladys, cuando lo vio entrar.

—A mis brazos, preciosa —pidió Rock.

Se abrazaron y se besaron con pasión.

Una de las manos del jugador descendió hasta el prieto trasero de su novia y lo oprimió por encima del ajustado pantalón azul turquesa que lucía Gladys aquella mañana.

Ella interrumpió el beso y lo miró.

—No seas descarado. Rock.

—¿Ahora me vienes con esas...?

—Tenemos que hablar.

—Hablemos.

—No puedo hacerlo con tu mano sobre mis «mejillas traseras». Me pones nerviosa.

—Está bien, la pondré en otro sitio —sonrió el jugador, y la deslizó por el escote de la blusa de tirantes que llevaba su novia, alcanzando sus firmes y cálidos senos.

Gladys tuvo un estremecimiento de placer.

—Ahí me pone más nerviosa todavía —confesó.

Mannion rio y retiró su mano.

—De acuerdo, ya te acariciaré después. ¿De qué quieres que hablemos, nena?

—De Jerry y de Coretta.

—¿Qué pasa con ellos?

—¿Cómo estaba Jerry, esta mañana?

—Bien, como siempre. ¿Por qué lo preguntas?

—¿No estaba enfadado o disgustado?

—En absoluto. Jerry es un tipo alegre, ya lo conoces. Siempre tiene ganas de bromear.

—Entonces Coretta me mintió.

—¿Coretta?

—Fui a verla esta mañana. Le compré una muñeca a la pequeña Sarah.

—¿Y...?

Gladys se lo contó todo.

Rock se sorprendió mucho.

—Yo también creo que Coretta no te dijo la verdad. Gladys.

—¿Por qué me mentiría, Rock?

—Bueno, sólo veo una razón. No quería o no podía contarte lo que realmente le sucedió, y se inventó lo de la discusión con Jerry.

—Yo soy su amiga, Rock. Aprecio mucho a Coretta, le he tomado un gran afecto, lo mismo que a la niña y a Jerry.

—Lo sé.

—Coretta también lo sabe.

—Sí.

—¿Por qué, entonces, no quiso confiar en mí? Yo lo hubiera mantenido en secreto, si ella me lo hubiese pedido.

—Estoy seguro de ello.

—Temo que fuera terrible lo que le pasó. Rock.

—¿Tienes alguna idea, Gladys?

—Las lágrimas, la blusa mal abrochada, la falda torcida, los temblores de su cuerpo... Todo eso me hace sospechar algo espantoso, Rock.

—Dilo de una vez.

—Pienso que Coretta fue asaltada en su propia casa.

—¿Asaltada...?

—Sí, por uno o más hombres. Probablemente dos o tres, los cuales la desnudaron y abusaron de ella, amenazándola con navajas o algún otro tipo de arma, para que no gritara.

Mannion se estremeció de forma perceptible.

—Espero que te equivoques, Gladys.

—Ojalá, pero me temo que... Coretta es una negra muy atractiva, los dos estamos de acuerdo. Todavía recuerdo que dijiste que había que ponerse la servilleta antes de empezar con ella. Los tipos que la asaltaron debían pensar lo mismo, y...

—Hablaré con Jerry —la interrumpió Rock, con voz enronquecida.

CAPÍTULO X

Al día siguiente, «Los Titanes» realizaron su último entrenamiento antes de su confrontación con «Los Búfalos», ya que esa misma tarde se trasladarían a Nueva York y se instalarían en un hotel próximo al colosal estadio de «Los Búfalos», en donde descansarían tranquilos y reposados hasta la hora de personarse en el estadio para equiparse y saltar a la cancha para disputar el importantísimo partido.

Mientras se equipaban para entrenar, Rock Mannion advirtió que Jerry Holmes no era el mismo de siempre. El jugador de color estaba nervioso y preocupado, aunque se esforzaba por disimularlo, sin conseguirlo.

—¿Has hecho ya las paces con Coretta, Jerry? —preguntó de pronto Rock.

—¿Qué?

—Coretta le dijo a Gladys que habíais tenido una discusión bastante seria.

—Sí, es cierto que discutimos y nos disgustamos los dos.

—Lo siento.

—No te preocupes, ya casi lo hemos olvidado ambos.

—Me alegro. Aunque la verdad es que hoy pareces más preocupado que ayer.

—¿De veras?

—Sí. Y más nervioso, también.

—Será por la proximidad del partido contra «Los Búfalos». Mañana es el Día «D», Rock.

—Y la hora «H».

—Exacto —rio Holmes.

Mannion adivinó que lo hacía sin ganas, pero no insistió.

Sabía que el negro mentía, como el día anterior le mintiera Coretta a Gladys, porque no había habido tal discusión seria entre ellos. Lo que había pasado, era mucho más grave.

Tan grave, que tampoco Jerry quería hablar de ello.

Ni siquiera con él, su mejor compañero y amigo.

* * *

En el entrenamiento, no ocurrió nada anormal.

Aparentemente, al menos, porque la verdad es que Jerry Holmes seguía nervioso y preocupado, y le costaba un gran trabajo cumplir correctamente

las instrucciones de Nat Kirby, aunque lo hacía, por lo que el entrenador no advirtió que el jugador de color estaba atravesando los momentos más difíciles de toda su vida.

Tampoco sus compañeros notaron nada raro en él.

Sólo Rock Mannion sabía lo mal que lo estaba pasando el negro y creía conocer los motivos, por lo que sufría tanto como el propio Jerry.

Por la tarde, como estaba previsto, el equipo de «Los Titanes» voló a Nueva York, acompañado de Alfred Fossey, el presidente, más nervioso y preocupado que nadie, aunque en el fondo albergase la esperanza de que su equipo fuera capaz de derrotar a «Los Búfalos» en su propio estadio y sentenciar prácticamente el campeonato.

De conocer la terrible amenaza que pesaba sobre Jerry Holmes, su mujer y su hijita, las esperanzas de victoria del presidente de «Los Titanes» se hubieran esfumado en el acto, porque estaba claro que si la estrella de color jugaba mal, «Los Búfalos» derrotarían claramente a «Los Titanes».

Pero, como Alfred Fossey no tenía noticia del sucio y canallesco plan urdido por Luke Porter, presidente de «Los Búfalos» su único motivo de preocupación seguía siendo Chuck Amstrong, el zaguero del equipo neoyorquino, justa y merecidamente llamado «El Terror de los Estadios» por la serie de salvajadas que cometía.

Aquella noche. Rock Mannion y Jerry Holmes compartieron la misma habitación. El jugador de color, en contra de su costumbre, hablaba poco y se mostraba pensativo, evidenciando que su estado de ánimo distaba mucho de ser normal.

En todo el día. Rock no había vuelto a intentar sonsacar a Jerry, respetando su terrible sufrimiento interno, que él compartía, porque pensaba en Coretta, asaltada por dos o tres tipos sin escrúpulos, desnuda, indefensa, amenazada de muerte, y la sangre le quemaba en las venas, lo mismo que debía quemarle al ex delantero de «Los Tigres».

Antes de dormirse, Rock trató de volver a la carga.

—¿Sigues preocupado, Jerry?

—Un poco. ¿Tú no lo estás, Rock?

—Sí, pero no por el partido de mañana, sino por tus problemas con Coretta.

Holmes se puso nervioso.

—Te dije que ambos habíamos olvidado casi por completo nuestra discusión de ayer. Rock.

—¿Por qué discutisteis, Jerry?

—Una tontería, te lo aseguro.

—¿No quieres hablar de ello.

—La verdad es que no.

—Te sentirías mejor, Jerry.

—No lo creo.

—Sí que te sentirías mejor. Y yo también, porque sé que sufres en silencio y me duele. Soy tu amigo, Jerry. ¿Es necesario que te lo recuerde...?

El negro bajó la cabeza.

—Desde luego que no, Rock.

—Háblame de tus problemas con Coretta. Ya no dudaría en hablarte de mis problemas con Gladys, si los tuviera. En nadie confío tanto como en ti, te lo aseguro.

—Te creo.

—¿Vas a contarme lo que pasó, Jerry?

Holmes levantó la cabeza y lo miró, con los ojos muy brillantes, casi empañados, porque a duras penas reprimía sus ganas de echarse a llorar como un niño.

—Te lo contaré. Rock, pero no ahora.

—¿Cuándo?

—Mañana, después del partido.

—Con ese estado de ánimo, no podrás rendir con normalidad. Y me parece que yo tampoco —rezongó Mannion.

—No digas eso.

—Está bien, olvidémoslo. Buenas noches.

—Buenas noches —respondió Holmes.

* * *

Gladys Durbin llegó a Nueva York por la mañana, en uno de los vuelos especiales que traían a los hinchas de «Los Titanes». Normalmente, la sobrina de Alfred Fossey viajaba sola, pero en esta ocasión lo hizo acompañada de Coretta y la pequeña Sarah.

Había sido idea de Coretta, y Gladys se sorprendió mucho cuando la mujer de Jerry Holmes le dijo que ella también quería viajar a Nueva York y presenciar el choque entre «Los Búfalos» y «Los Titanes».

Era para sorprenderse, pues Coretta no solía acudir a los estadios.

Ni siquiera al de «Los Titanes».

Coretta había dicho muchas veces que no le gustaba ver jugar a su marido, porque sufría mucho cuando lo derribaban violentamente o recibía golpes.

Y, sin ningún género de dudas, donde más peligro corría Jerry de ser derribado violentamente y recibir golpes duros, era en la cancha de «Los Búfalos», el equipo de Chuck Amstrong, «El Terror de los Estadios».

¿Cómo era posible, pues, que Coretta desease presenciar el partido que se adivinaba el más violento de todo el campeonato para el equipo de «Los Titanes»...?

La única explicación lógica que encontraba Gladys, era que Coretta no deseaba quedarse sola en casa después de lo sucedido dos días antes.

Tenía miedo.

Debía temer que volvieran los tipos que la asaltaran.

Gladys se dijo que era la ocasión de forzar a Coretta a contarle toda la verdad, y no quiso desaprovecharla.

—Va a ser muy difícil encontrar una entrada para ti, Coretta.

—¿Tú crees?

—No quedan, están agotadas.

—Bueno, según tengo entendido, en casos como éste se puede conseguir una entrada pagando el doble o el triple de lo que vale.

—¿Comprándosela a otra persona, quieres decir...?

—Exacto.

Gladys sonrió.

—Vaya, veo que estás bien informada, a pesar de no acudir a los estadios.

—Estoy casada con un jugador de rugby, no lo olvides —sonrió también Coretta.

—Bien. ¿Y cuánto estás dispuesta a pagar por tu entrada...?

—Lo que sea.

—La verdad, Coretta, no me explico ese repentino interés tuyo por presenciar un partido de «Los Titanes» —confesó Gladys—. Y precisamente en el estadio de «Los Búfalos», que es donde más «leña» se reparte, porque el equipo neoyorquino cuenta con el mejor «leñador» del país. Y ya sabes a quién me refiero.

—Sí.

—Vas a sufrir mucho, Coretta.

—Lo sé, pero sufriría más si me quedara en San Francisco.

—¿Sabe Jerry que quieres ir a Nueva York?

—No, no le he dicho nada.

—¿Seguís enfadados?

—No.

—¿Entonces...?

—No deseo que sepa que estaré en el estadio de «Los Búfalos», eso es todo.

—Me parece que tú me ocultas algo, Coretta.

—¿Qué te hace pensar eso? —preguntó la negra, nerviosa.

—No sé, tengo esa impresión.

—Imaginaciones tuyas, Gladys.

—Está bien, no insistiré. Pero recuerda que soy tu amiga, Coretta, y que te quiero como a una hermana. Si tienes problemas, compártelos conmigo. Tal vez yo pueda ayudarte a resolverlos.

A Coretta se le humedecieron los ojos.

—Gracias, Gladys. Yo también te quiero así —confesó, y se abrazó a ella, aunque continuó sin hablar de los tipos que la obligaron a desnudarse, que la toquetearon, y que la amenazaron con matarla, lo mismo que a la pequeña Sarah y a Jerry, si éste no jugaba mal en la cancha de «Los Búfalos».

CAPÍTULO XI

En el grandioso estadio de «Los Búfalos» no cabía un alfiler.

Estaba a punto de reventar.

Y es que era el Día «D», como dijera Jerry Holmes.

Y casi la Hora «H», como dijera Rock Mannion, porque faltaban sólo unos minutos para que el emocionante choque diera comienzo.

Gladys Durbin había conseguido una localidad para Coretta Holmes, pagándola a precio de oro, y ambas se hallaban presentes en el estadio neoyorquino, con la pequeña Sarah en brazos, que se entretenía chupando una colosal piruleta de fresa, ajena por completo a la tremenda pasión que el partido había despertado.

Gladys había telefoneado al hotel en donde habían pasado la noche los componentes del equipo de «Los Titanes» y había hablado unos minutos con Rock, haciéndole saber que Coretta y Sarah estaban con ella en Nueva York.

Naturalmente, le rogó que no le dijera nada a Jerry, porque Coretta no quería que su marido supiera que ella y la niña estarían en el estadio de «Los Búfalos».

Rock le había hecho caso y Jerry ignoraba que su mujer y su hija se encontraban en el estadio del equipo neoyorquino.

En el vestuario del equipo visitante, Nat Kirby daba las últimas instrucciones a sus jugadores y los alentaba a conseguir la victoria, lo cual también hacía Alfred Fossey, nervioso como un flan.

En el vestuario del equipo local, Stan Abbot, entrenador de «Los Búfalos», repartía también los últimos consejos a sus jugadores en presencia de Luke Porter, que estaba más tranquilo que nunca, porque veía seguro el triunfo de su equipo, gracias al plan ideado por él para anular el extraordinario juego de Jerry Holmes y entorpecer el no menos extraordinario juego de Rock Mannion, la otra estrella del equipo de San Francisco.

El jugador de color, con sus continuos fallos, haría fracasar todas las incursiones del ex delantero de «Los Búfalos», y éste también realizaría un mal partido, llevando entre los dos a la derrota a su equipo.

De ahí la satisfacción del poco noble presidente de «Los Búfalos», quien apartó un momento a Chuck Amstrong del grupo, porque quería decirle algo a solas.

Comparado con el gigantesco defensa, Luke Porter parecía un pigmeo.

—Tengo que hablarte, Chuck.

—Le escucho, señor Porter —dijo el musculoso zaguero, con voz de contrabajo.

—Quiero que te encargues especialmente de Rock Mannion. No debes dejarle jugar.

Amstrong sonrió, mostrando unos dientes como teclas de piano.

—Descuide, señor Porter. Mannion no me desbordará ni una sola vez, a pesar de lo peligroso que es. Y Jerry Holmes, tampoco.

—Del negro, olvídate.

—¿Qué...?

—Sé lo que estás pensando, que Holmes es tan peligroso como Mannion, pero un pajarito me ha dicho que el negro no tendrá hoy su tarde —informó Porter, con irónica sonrisa.

—¿De veras?

—Sí, Holmes estará muy desafortunado, ya verás, así que tú preocúpate solamente de Mannion.

El zaguero sonrió de nuevo.

—Eso facilitará mi labor, señor Porter.

—Seguro, Chuck.

—Dedicándome exclusivamente a Mannion, será muy difícil que pueda realizar una sola jugada peligrosa.

—De eso se trata. Y si tienes ocasión, haz que se arrepienta de haber dejado «Los Búfalos».

—Quiere que le rompa un par de huesos, ¿eh?

—Hombre, tanto como eso... Me conformo con que no pueda jugar con «Los Titanes» los próximos dos o tres partidos.

—No los jugará, puede estar tranquilo.

—Gracias, Chuck. Sé que puedo confiar en ti —sonrió ampliamente Porter, y palmeó la espalda del zaguero, tan amplia que en ella se podía jugar al frontón.

La tenía, además, dura como la piedra.

De ahí que el presidente de «Los Búfalos» murmurara:

—Por nada del mundo me gustaría estar en el pellejo de Rock Mannion...

Después, emitió una risita de hiena.

Y es que ya veía al famoso delantero en camilla, sollozando de dolor.

* * *

Un estallido de júbilo atronó el cielo neoyorquino cuando los equipos de «Los Búfalos» y «Los Titanes» saltaron a la cancha para disputar el trascendental partido.

Las miradas de Rock Mannion y Chuck Amstrong se encontraron por un instante, y ello bastó para que el ex delantero de «Los Búfalos»

adivinara que el zaguero del equipo neoyorquino estaba dispuesto a utilizar el «hacha» con él desde el momento en que el árbitro diera el pitido inicial.

Rock no se dejó impresionar, sin embargo, porque la verdad es que ya contaba con ello de antemano. Conociendo como conocía a Amstrong, no podía esperar otra cosa de él.

Los jugadores de ambos equipos ocuparon sus puestos, el árbitro miró su cronómetro, y segundos después señalaba el inicio del encuentro, haciendo rugir de pasión a los espectadores.

«Los Búfalos» se lanzaron desde el primer momento al asalto de la zona que les correspondía defender a «Los Titanes» y pusieron en aprietos a la línea defensiva del equipo de San Francisco, que, no obstante, supo capear el temporal, resistiendo los furiosos embates de los delanteros neoyorquinos.

Rock Mannion y Jerry Holmes, como de costumbre, esperaban la oportunidad de contraatacar, que no tardó demasiado en presentarse, ya que un jugador del equipo de «Los Titanes» consiguió hacerse con el balón oval y se lo lanzó inmediatamente al ex delantero de «Los Búfalos».

Rock arrancó como una exhalación hacia los dominios de los defensas del equipo de la ciudad de los rascacielos, perseguido por varios jugadores contrarios.

Jerry se proyectó también hacia el campo del equipo rival, para recibir el pase de Rock cuando éste considerase oportuno enviarle la pelota.

Mannion sorteó hábilmente las entradas de un par de defensas contrarios y, cuando vio que Chuck Amstrong se preparaba ya para cortarle el paso como fuera, le lanzó el balón a Holmes, que se hallaba totalmente desmarcado y con el camino expedito hacia la línea de gol del equipo neoyorquino.

Parecía, pues, que «Los Titanes» iban a conseguir el primer ensayo y anotarse los tres primeros puntos, que se convertirían en cinco si lograban transformar el ensayo con un buen lanzamiento sobre la portería de «Los Búfalos».

No fue así, porque, incomprensiblemente, Jerry Holmes no fue capaz de atenazar el balón y lo perdió, siendo inmediatamente recogido por un jugador neoyorquino, que inició un nuevo ataque sobre la portería de «Los Titanes».

Rock Mannion se extrañó muchísimo, porque su pase había sido medido, preciso, perfecto, y no se explicaba cómo su compañero no había podido hacerse con la pelota.

Tampoco se lo explicaban Nat Kirby y Alfred Fossey.

Luke Porter, en cambio, si se lo explicaba.

Sabía que el jugador de color había perdido deliberadamente la pelota. Y ello les costó muy caro a «Los Titanes», porque el inmediato ataque de

«Los Búfalos» no pudo ser cortado por los defensas del equipo de San Francisco y uno de los jugadores neoyorquinos consiguió llevar el balón detrás de la línea de gol de «Los Titanes», logrando el ensayo y los tres primeros puntos, entre el entusiasmo desbordante de los hinchas neoyorquinos.

Gladys Durbin frunció el ceño.

—Mira lo que ha traído el fallo de Jerry —rezongó.

—Lo siento —dijo Coretta Holmes.

—¿Cómo pudo perder el balón que le envió Rock?

—No lo sé.

—En fin, la cosa ya no tiene remedio —suspiró Gladys, resignada—. «Los Búfalos» nos ganan por 3— 0. Por 5-0, porque han transformado el ensayo.

Era cierto.

El delantero de «Los Búfalos» había hecho pasar la pelota por entre los palos de la portería de «Los Titanes», consiguiendo dos puntos más para su equipo.

Coretta guardó silencio.

Ella también sabía que el fallo de Jerry había sido deliberado, como lo serían igualmente los próximos, y se sentía avergonzada, aunque se decía que su marido no podía hacer otra cosa, teniendo en cuenta la terrible amenaza que pesaba sobre ellos.

Jerry, lógicamente, también se sentía avergonzado y no se atrevía a mirar directamente a Rock.

Al poco de haberse reanudado el juego, tras el lanzamiento a puerta del delantero de «Los Búfalos», Jerry Holmes recibió el balón y se lanzó al ataque como una centella, dando la impresión de que estaba deseando desquitarse por su fallo anterior.

Rock Mannion emprendió una veloz carrera también, para apoyar la jugada del negro, de quien esperaba recibir el balón de un momento a otro.

Y, efectivamente, Jerry se lo lanzó.

Pero se lo lanzó mal.

Tan mal, que a Rock le fue imposible recogerlo y fue a parar a las manos de un defensa neoyorquino, quien rápidamente mandó la pelota a sus delanteros.

Poco después, «Los Búfalos» conseguían otro ensayo y se ponían 8-0 a su favor. Y, como el ensayo fue transformado con habilidad, el 10-0 subió al marcador, presagiando una victoria rotunda del equipo neoyorquino.

CAPÍTULO XII

La euforia de los hinchas de «Los Búfalos» contrastaba fuertemente con la desilusión de los cientos de seguidores de «Los Titanes». Y es que, si los primeros no esperaban una victoria tan fácil, los segundos aún esperaban menos una derrota tan clara y tan humillante.

Clara y humillante, sí, porque el marcador señalaba ya un 18-0 a favor de «Los Búfalos». Y porque habían fallado la transformación de un ensayo, el último, que si no tendrían dos puntos más.

El responsable de la mala actuación del equipo de San Francisco era, naturalmente, Jerry Holmes, que cometía unos errores de principiante, fallando en la recogida de los balones y en los pases. Incluso había tenido varias caídas, como si la cancha estuviera mucho más resbaladiza para él que para el resto de los jugadores que disputaban el partido.

Los continuos fallos del jugador de color no tenían explicación posible para sus compañeros, para su entrenador, para su presidente, ni para los aficionados que con tanta ilusión se habían trasladado desde San Francisco a Nueva York, confiando en la victoria de «Los Titanes».

Gladys Durbin, desesperada, no pudo aguantarse por más tiempo y dijo:

—A tu marido le pasa algo, Coretta. ¡Está jugando fatal!

—Sí, reconozco que Jerry está teniendo una mala actuación —respondió la negra.

—Tú sabes por qué, ¿verdad?

—No.

—Basta ya de mentiras, Coretta. La pésima actuación de Jerry tiene mucho que ver con lo que pasó hace dos días, y que por supuesto no fue una discusión contigo, como quisiste hacerme creer.

Coretta, muy nerviosa, se mantuvo callada.

Gladys la cogió por los hombros.

—¿Qué fue lo que ocurrió realmente, Coretta? ¡Dintelo!

La mujer de Jerry no pudo contenerse y estalló en sollozos.

—¡Algo horrible! —confesó, bajando la cabeza.

Gladys, comprendiendo que no podían hablar allí, rodeadas de gente, decidió llevar a Coretta a una de las escaleras de acceso a los graderíos, para que se lo contara todo.

* * *

Mientras Gladys Durbin y Coretta Holmes hablaban, en la cancha

seguían los desaciertos de Jerry que tanto desesperaban a los hinchas de «Los Titanes».

Nat Kirby no se atrevía a sustituir al ex delantero de «Los Tigres», pues confiaba en su reacción, pero iba pasando el tiempo y ésta no se producía.

Rock Mannion, por su parte, había advertido que Chuck Amstrong se preocupaba solamente de cerrarle el paso a él, desentendiéndose por completo de Jerry Holmes, lo cual le dio muy mala espina, empezando a sospechar que el jugador de color jugaba tan mal porque alguien le había obligado a ello.

El zaguero de «Los Búfalos» estaba al tanto del asunto, y por eso no se preocupaba de frenar los avances del negro, seguro de que no traerían peligro alguno.

Rock, rabioso, optó por olvidarse también de Jerry.

No volvería a apoyarse en él para buscar la línea de gol contraria.

No volvería a apoyarse en él para buscar la línea de gol contraria.

No le pasaría una sola vez más el balón.

Intentaría solo conseguir el primer ensayo para su equipo.

Y así lo hizo, cuando un compañero le envió la pelota.

Se lanzó como un bólido hacia el campo que defendían «Los Búfalos», salvando a cuantos jugadores rivales le salían al paso.

Jerry, como en las ocasiones anteriores, corrió también como un gamo, para recibir el pase de su compañero... y estropear la jugada, anulando la incursión.

Pero Rock no le pasó la pelota.

Continuó la acción atacante en solitario, desbordando magistralmente a la defensa rival con sus saltos y sus quiebros, hasta que sólo quedó ante él Chuck Amstrong.

El zaguero de «Los Búfalos» aún no había tenido ocasión de arrollar a su ex compañero de equipo, porque Rock Mannion todavía no había llegado hasta sus dominios con el balón ni una sola vez, gracias a los deliberados fallos de Jerry Holmes.

Pero, como Rock ya no contaba con Jerry, allí estaba, con la pelota fuertemente apretada contra su pecho, dispuesto a esquivar la tremebunda entrada de Amstrong.

El defensa neoyorquino, contento de tener por fin la oportunidad de aplastar a Mannion y dejarlo medio inútil, le hizo una entrada terrorífica.

Por fortuna para el delantero y para el equipo de «Los Titanes», el zaguero de «Los Búfalos» no consiguió placarle, porque Rock dio un fantástico salto y se puso fuera del alcance de Amstrong.

Más que saltar, el delantero pareció volar.

El defensa, al fallar, se estrelló contra el suelo de forma estrepitosa y emitió un tremendo rugido, mitad de rabia por haber sido burlado, y mitad

de dolor.

Rock Mannion, sin ningún obstáculo ya por delante, alcanzó la línea de gol de «los Búfalos» y colocó el balón tras ella, consiguiendo el ensayo.

Ensayo que, poco después, lograba transformar con su magnífico lanzamiento, poniendo el marcador en 18-5 para «Los Búfalos».

Seguía siendo un resultado abultado, humillante, pero la extraordinaria jugada de Rock Mannion, burlando él solo a toda la defensa del equipo neoyorquino, hizo que las esperanzas de los seguidores de «Los Titanes» renacieran.

La moral de los jugadores del equipo de San Francisco creció, tras la fabulosa incursión de Rock, y ello les permitió contener a los delanteros neoyorquinos, que se habían lanzado furiosos sobre la portería de «Los Titanes», para aumentar su todavía considerable ventaja.

No lo consiguieron, perdieron el balón, y éste fue rápidamente lanzado a Rock Mannion, para ver si era capaz de realizar otra jugada genial, aunque no contara con el apoyo del desacertado Jerry Holmes.

Rock se disparó como una ballesta y empezó a esquivar contrarios.

Era un vendaval.

Una furia desatada.

Nadie podía frenarle.

Jerry le acompañaba en la carrera, libre de mareaje, pero Rock tampoco le pasó el balón esta vez, porque sabía que el negro lo perdería deliberadamente.

Rock tenía que llegar solo a la línea de gol rival, como antes.

Y parecía que podía conseguirlo, porque había desbordado a toda la defensa neoyorquina, con la única excepción de Chuck Amstrong.

Una excepción que valía por dos.

O por tres.

O por más.

Sí, porque el zaguero de «Los Búfalos» estaba furioso como un toro con banderillas de fuego desde que Rock Mannion lo burlara en su ataque anterior, y no quería fallar de nuevo, aunque para ello tuviera que descoyuntar de arriba abajo al peligroso delantero de «Los Titanes».

Con esa intención se lanzó sobre él, en una entrada que merecía ser castigada no solamente por el árbitro del partido, sino incluso por la ley, porque fue una acción verdaderamente criminal.

Por suerte, Rock parecía tener un par de alas invisibles y se elevó por los aires de forma increíble, esquivando limpiamente al simio de Amstrong, que volvió a dar con su enorme corpachón en el suelo, haciéndolo estremecer.

El defensa rugió de nuevo, colérico y dolorido, mientras Rock seguía corriendo hacia la línea de gol de «Los Titanes», entre el clamor de los

cientos de hinchas de «Los Titanes», que ya veían conseguido el segundo ensayo.

Efectivamente, Mannion puso el balón detrás de la línea y establecía el 18-8 en el marcador, que poco después se convertía en un 18-10, porque el extraordinario delantero no desperdició la oportunidad de transformar el lanzamiento en dos puntos más.

* * *

Cuando el árbitro señaló el fin de la primera parte, el marcador del estadio neoyorquino reflejaba la victoria parcial de «Los Búfalos» por 28-20.

El equipo local había sumado ocho puntos más consiguiendo dos ensayos, de los cuales sólo había podido transformar uno. «Los Titanes», por su parte, y gracias a otras dos vertiginosas incursiones de Rock Mannion, en solitario, porque éste seguía sin apoyarse en Jerry Holmes, había logrado otros dos ensayos, consiguiendo transformarlos ambos.

De perder por 18-0, a perder por 28-20, había una gran diferencia, lo cual había puesto nerviosos a los jugadores neoyorquinos y a sus hinchas, que ya no veían la victoria tan segura.

Los hinchas de «Los Titanes», en cambio, albergaban ya muchas esperanzas de que su equipo pudiera darle la vuelta al partido, si Rock Mannion seguía actuando de aquella manera tan genial y tan centelleante, que ni siquiera Chuck Amstrong, con sus terroríficas entradas, era capaz de frenar.

Les preocupaba, no obstante, la nula actuación de Jerry Holmes.

¡Si el negro jugara como solía hacerlo en otros partidos, la victoria no se les escaparía, seguro!

Rock Mannion pensaba lo mismo.

Por eso iba a hablar con Jerry Holmes en el descanso.

Tenía que convencerle para que dejara de perder balones, de caerse tontamente, y de dar malos pases, porque él solo no podía darle la vuelta al marcador.

Necesitaba la colaboración del extraordinario jugador de color.

Y estaba dispuesto a conseguirla, aunque tuviese que darle un puñetazo a Jerry, para hacerle hablar.

CAPÍTULO XIII

En el vestuario de «Los Titanes», Nat Kirby estaba recriminando a Jerry Holmes por su desastrosa actuación y le amenazaba con dejarlo en el banco de los suplentes en la segunda parte, si no le prometía que iba a jugar como él sabía hacerlo.

El jugador de color, avergonzado, aguantó la bronca de su entrenador sin rechistar una sola vez, porque demasiado sabía él que al técnico le sobraba razón para hablarle así. No le prometió, sin embargo, que su rendimiento sería el normal en la segunda parte, porque no podía hacerlo. Prefería que lo sustituyese, pues así dejaría de sufrir en la cancha.

Y eso decidió Nat Hirby, sustituirle, en vista de su silencio.

Alfred Fossey escuchaba, también en silencio, porque no quería intervenir. Le dolía que Kirby recriminase a Jerry Holmes, pero comprendía que el técnico tenía motivos para hacerlo. Y comprendió, también su decisión de sustituirle en la segunda parte, por lo que continuó callado, mordiendo el puro a causa de su nerviosismo.

Rock Mannion, que había sido felicitado por el entrenador y por el presidente, por los cuatro ensayos conseguidos y luego transformados, en cuatro jugadas sensacionales, cogió a Jerry Holmes de un brazo y lo llevó a un rincón, para poder hablar con él a solas.

—Vas a jugar en la segunda parte, Jerry.

—¿Es que no has oído a Kirby?

—No te sustituirá, porque vas a prometerme que jugarás como los propios ángeles.

—No puedo, Rock.

—Lo harás, Jerry, a pesar de la amenaza que pesa sobre ti.

El negro respingó.

—¿Qué sabes tú de eso?

—No hay que ser un lince para adivinar que, si has jugado tan mal, es porque alguien te ha amenazado.

Holmes no respondió.

Mannion le mostró el puño.

—Vas a contármelo todo, Jerry, aunque tenga que sacudirte.

El ex delantero de «Los Tigres», tras unos segundos de vacilación, se lo confesó todo a su compañero y amigo.

Rock Mannion apretó los dientes.

—Lo sabía. Es cosa de Luke Porter. Temía nuestra victoria, e ideó ese sucio plan para asegurarse el triunfo de su equipo. Ya le ajustaremos las

cuentas, cuando acabe el partido. Un partido que vamos a ganar, Jerry.

—Pero...

—Sé lo que vas a decir, que temes por Coretta y la niña.

—Así es.

—Tranquilízate, no les ocurrirá nada.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque están aquí, en Nueva York.

—¿Qué...?

—Coretta tenía miedo de quedarse sola con la niña en San Francisco, y ha venido a Nueva York con Gladys. Están en el estadio, presenciando el partido.

Justo en ese momento, se abrió la puerta del vestuario y Gladys, Coretta y la pequeña Sarah irrumpieron en él.

—Mira, ahí están —dijo Rock, sonriendo.

—¡Coretta! —exclamó Holmes.

—¡Jerry! —respondió su mujer, con los ojos llorosos.

Corrieron el uno hacia el otro y se abrazaron apretadamente.

Alfred Fossey había dado tal respingo al ver entrar a su sobrina en el vestuario, acompañada de la esposa de Jerry Holmes y de su hija, que el puro saltó de su boca y rodó por el suelo.

—¡Gladys...!

—Hola, tío Alfred —sonrió la muchacha, que llevaba en brazos a la pequeña Sarah.

—¿Cómo diablos...?

—Luego te lo explicaré, tío Alfred. Ahora, lo que debes hacer, es escuchar a Jerry Holmes. Tiene algo muy importante que decir.

El ex delantero de «Los Tigres», con lágrimas en los ojos, explicó por qué había jugado tan mal en la primera parte.

Alfred Fossey montó en cólera al saber lo que había sido capaz de hacer Luke Porter para asegurarse la victoria de «Los Búfalos». También Nat Kirby se puso colérico, lo mismo que los compañeros de Jerry, y empezaron todos a maldecir y a proferir insultos contra el innoble presidente de «Los Búfalos».

Rock Mannion pidió calma y dijo:

—Cuando acabe el partido, nos ocuparemos de Luke Porter. Ahora, sólo debemos pensar en ganar el encuentro. Y lo ganaremos, porque Jerry va a jugar como sabe.

Un rugido general de euforia hizo temblar las paredes del vestuario de «Los Titanes».

* * *

En el otro vestuario, el de «Los Búfalos», Luke Porter estaba hablando

nuevamente a solas con Chuck Amstrong, al que miraba con severidad.

—Me estás fallando, Chuck.

—Lo siento, señor Porter.

—Rock Mannion se te ha escapado cuatro veces.

—Está más rápido que nunca, el condenado.

—Tienes que cazarlo, Chuck, o puede peligrar nuestra victoria a pesar del mal juego de Jerry Holmes.

—Lo cazaré, se lo prometo. Y no podrá levantarse, también se lo prometo.

—A ver si es verdad. No podemos perder contra «Los Titanes» en nuestro propio estadio. Sería como decir adiós al campeonato.

—Descuide, señor Porter. No perderemos el partido.

—Bien —sonrió ligeramente el presidente de «Los Búfalos».

* * *

La segunda parte había comenzado ya.

Casi enseguida, los espectadores pudieron comprobar que Jerry Holmes volvía a ser el de siempre. Ya no perdía el balón estúpidamente, ni lo pasaba mal, ni se caía tontamente, como en la primera parte.

Y claro, eso se notó en el rendimiento de «Los Titanes», que empezaron a sumar puntos, sin que los defensas de «Los Búfalos» pudieran impedirlo, porque las diabólicas combinaciones que realizaban Rock Mannion y Jerry Holmes los volvían locos a todos, incluido Chuck Amstrong.

El zaguero del equipo neoyorquino estaba que cortaba clavos con los dientes, porque ahora ya no podía dedicarse exclusivamente a Mannion, tenía que preocuparse también de Holmes, y entre los dos lo estaban mareando.

Si intentaba frenar a Mannion, éste le enviaba la pelota a Holmes, y viceversa, por lo que las continuas carreras de Amstrong no servían para nada.

Encolerizado, intentó lesionarlos a los dos, entrándoles incluso cuando no tenían el balón en su poder, pero ni siquiera así consiguió arrollarlos, porque Mannion y Holmes eran condenadamente ágiles y no se dejaban atrapar por él.

«Los Titanes», para desesperación de Luke Porter, que no se explicaba el cambio de actitud de Jerry Holmes, se alzaron con la victoria, derrotando a «Los Búfalos» por 55-45.

El campeonato, por tanto, quedaba prácticamente sentenciado.

Sena para el equipo de San Francisco.

* * *

El vestuario de «Los Búfalos» estaba silencioso como un cementerio, a causa de la derrota frente a «Los Titanes», y los jugadores neoyorquinos, abatidos, no tenían ganas ni de ducharse.

Stan Abboy, su entrenador, tampoco tenía ganas de nada, porque era consciente de que el campeonato se les había escapado irremisiblemente, ya que parecía una utopía que pudieran batir a «Los Titanes» en su propio estadio, en el partido de vuelta.

Luke Porter sí tenía ganas de algo: de estrangular a Chuck Amstrong, por no haber sabido frenar las incursiones de Rock Mannion y Jerry Holmes.

No había podido lesionar a Mannion.

Ni a Holmes.

Y, encima, el lesionado era él.

Sí, porque el zaguero se había lastimado seriamente en uno de los muchos batacazos que se había dado intentando arrollar a Mannion y Holmes.

De pronto, se abrió la puerta del vestuario y los dos matones que amenazaran a Coretta Holmes penetraron en él, para hablar con Luke Porter y saber si debían cumplir su amenaza o no.

No tuvieron tiempo de preguntárselo, pues casi al momento se abrió de nuevo la puerta y los componentes del equipo de «Los Titanes» irrumpieron en el vestuario, con Rock Mannion y Jerry Holmes al frente.

No hubo palabras.

Sólo puñetazos.

Y Mannion y Holmes eran los que con más ganas sacudían.

Especialmente, el negro.

Quería desquitarse, por lo mucho que habían sufrido él y su mujer, y con la ayuda de Rock destrozó literalmente las caras de la pareja de matones que estaban a las órdenes de Luke Porter.

El presidente de «Los Búfalos» también «recibió» lo suyo.

Y Chuck Amstrong, con quien Rock Mannion tenía muchas ganas de verse las caras, pero fuera de la cancha.

«Los Búfalos» tampoco pudieron con «Los Titanes», en esta nueva confrontación, y el equipo de san Francisco, cuando la policía intervino, ganaba ya por cincuenta y tantos puñetazos de diferencia.

Todo un éxito.

EPILOGO

Luke Porter y los dos matones que amenazaran a Coretta Holmes fueron arrestados por la policía, tras la correspondiente denuncia de Jerry Holmes, que fue apoyada por Rock Mannion, Gladys Durbin, Alfred Fossey, Nat Kirby, y la totalidad de los componentes del equipo de «Los Titanes».

El presidente de «Los Búfalos» se iba a pasar una larga temporada entre rejas, porque el delito que había cometido era grave, por lo que otro hombre tuvo que hacerse cargo de la presidencia del equipo neoyorquino.

Por fortuna para el rugby americano, se trataba de una persona más noble que Luke Porter. Y lo demostró enseguida, apartando del equipo a Chuck Amstrong, «El Terror de los Estadios», que no volvería a jugar con «Los Búfalos» de Nueva York.

Ni con ningún otro equipo de la máxima categoría, porque nadie quiso ficharle cuando, al término del campeonato, Amstrong no tuvo más remedio que dejar «Los Búfalos», porque el nuevo presidente no quería saber nada de él.

El campeonato, como se esperaba, lo ganó el equipo de «Los Titanes», sin perder un solo partido, pues volvieron a batir a «Los Búfalos» cuando éstos fueron a San Francisco.

Y los batieron con más claridad y contundencia que en Nueva York.

Finalizado el campeonato, Rock Mannion y Gladys Durbin contrajeron matrimonio, tal y como tenían previsto, y volaron a Hawai para pasar allí su luna de miel.

Alfred Fossey celebró más que nadie la boda de su sobrina con Rock Mannion, porque, entre otras cosas, ello garantizaba la continuidad del famoso delantero en el equipo de «Los Titanes».

También Jerry Holmes iba a seguir jugando en «Los Titanes», pues había aceptado la renovación de su contrato, lo mismo que Rock Mannion.

Con ellos dos, «Los Titanes» de San Francisco podían aspirar con más fundamento que nadie a revalidar su título de campeones.

De ahí que Alfred Fossey se sintiese el más feliz de los hombres.

F I N

COLECCION

DOBLE JUEGO

El deporte es
IDEALISMO Y NOBLEZA
pero también
SANGRE Y CORRUPCION
Todo esto lo encontrará en

DOBLE JUEGO

¡¡UNICA EN SU GENERO!!





EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.

PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España